





Sin título, Yuri Valecillo

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	9
Cuadros de una exposición (poesía) / Mauricio Molina	
Dos poemas (poesía) / Zaidee Rose Stavely	12
Fulgor de mal (poesía) / Pedro Asencio	15
CONCURSO 33 DE PUNTO DE PARTIDA	21
CUARTA ENTREGA	
Agua teñida de rojo (cuento breve) / José Humberto Macedo Espinosa	22
La caída de Adelmo (cuento) / Dán Ruiz Reyes	24
Remedio para el enfermo (ensayo) / Ginés Octavio Cruz Díaz	33
Encaje celeste (fragmento de novela) / Héctor Vizcarra Gómez	41
Sin título (fotografía) / Claudia Hernández Ramírez	48
EL RESEÑARIO	54
Acerca de J.R.R. Tolkien y <i>El Señor de los Anillos</i> / Gerardo Piña	

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Juan Ramón de la Fuente
Rector

Ignacio Solares
Coordinador de Difusión Cultural

Malena Mijares
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 118, marzo-abril 2003

Edición: Carmina Estrada
Asistencia: Santiago Igartúa Scherer
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño: Rafael Olvera
Ilustración para este número: Taller
coordinado por Santiago Ortega
Fotografía de portada: Sin título, Yuri Valecillo

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.

Tel.: 56 22 62 01

Fax: 56 22 62 43

correo electrónico:

cestrada@correo.unam.mx

Este número inicia con tres poemas de Mauricio Molina en nuestra sección Del árbol genealógico. Las imágenes vivas de ciudades sin habla, devastadas, o dioses oxidados que patrullan los escombros, de la Edad Media al siglo XXI, se unen en estos poemas que forman parte de su trabajo nombrado “Cuadros de una exposición”, de próxima aparición en Ediciones El ermitaño.

Incluimos además en esta edición la obra poética de Zaidee Stavely, de la Universidad de California, quien publica de nueva cuenta con nosotros, y de Pedro Asencio, de la Escuela Normal Superior de México, así como la cuarta entrega del Concurso 33 de *Punto de partida*. Esta vez toca el turno a los trabajos ganadores de mención en cuento breve, cuento, ensayo, fragmento de novela y fotografía, ilustrados de manera notable por jóvenes artistas gráficos de la Escuela Nacional de Artes Plásticas y el Tec de Monterrey.

En El reseñario compartimos con nuestro público un interesante análisis de *El Señor de los Anillos*, tan de moda por el éxito de la reciente versión fílmica. Este texto, enviado desde la Universidad de East Anglia por Gerardo Piña, nos invita a leer o releer la novela, en un paseo por esa Tierra Media de J.R.R. Tolkien, —escenario de la lucha librada por la comunidad del anillo para salvar a su mundo de la oscuridad—, por ese universo fantástico que nada podrá describir mejor que la letra impresa.

Y a propósito de luchas, *Punto de partida* no puede abstraerse de los duros tiempos que vive la humanidad. Ante la ceguera de los gobernantes, los hombres, mujeres y niños que poblamos esta Tierra nuestra no tenemos más opción que seguir levantando la voz para exigir la paz. *Punto de partida* se suma otra vez a esas voces que se escuchan en todo el planeta, con la esperanza de que la razón logre apagar el estruendo de las balas. ●



Cuadros de una exposición

Mauricio Molina

DOLCE STIL VECCHIO

Manuscrito hallado por los inquisidores entre las pertenencias de un criminal quemado en la Piazza di Fiore en Roma. Siglo XVI.

Y bien:

Te volviste Historia

El tiempo pasa demasiado rápido

Ya eres más antigua que la Biblia

No te vio Odiseo

En el país de los muertos

Y mucho menos Dante

Dedicó canción ninguna

En tu memoria

Quizás algún poeta

Te vio pasar en la Edad Media

Y acuñó estos versos:

Por la crema de tus muslos

Por la luna quemada entre tus senos

Pero terminó por olvidarlos

Como se olvidan los sueños.

ILÍADA, CANTO III

Grafiti en un muro de la devastada ciudad de Sarajevo poco antes de su liberación definitiva por las fuerzas aliadas de la ONU. Fines del siglo XX.

Ciudades oxidadas.
Ciudades sin habla.
Ciudades que esperaban ser tomadas...

Ningún ejército habitó estas ruinas,
ninguna Helena derretida
en el agua de la fuente.

Sólo polvo
& el eco de Casandra:
¡No pasarán!

Los bárbaros llegarán el día menos pensado,
todos a la búsqueda de Helena,
la ciudad encantada caerá algún día,
los guerreros destruirán los templos,
saquearán las bibliotecas
y llegarán por fin a los hoteles.

Después vendrá la Diáspora:
tomarán las carreteras
rumbo al mar,
hacia las playas solitarias
para reiniciar los rituales
del amor y del deseo.

NYC

Llamada anónima desde un teléfono celular interceptada por agentes del FBI, Nueva York, septiembre de 2001.

Un hombre con tres seises
pintados en el rostro:
Apocalipsis ya

Justo en este instante
se acaba el tiempo
se quiebra el pensamiento

(El sol
incómodo
delira)

Sólo quedan dioses oxidados
y sirenas patrullando los escombros

Justo ahora
entre la calle seis
y la cincuenta y dos
la Historia está a punto de venirse abajo.

Mauricio Molina (Ciudad de México, 1959) es narrador y ensayista. Ha publicado los siguientes volúmenes: *Tiempo lunar* (Premio Nacional de Novela "José Rubén Romero" 1991), *Años luz* (ensayos, 1995), *Mantis Religiosa* (cuentos, 1996), *La memoria del vacío* (ensayos, 1998), *Fábula Rasa* (cuentos, Premio Nacional de Cuento "San Luis Potosí" 2001) y *La geometría del caos* (relatos, 2002). Ha publicado cuentos y ensayos en diversas revistas y suplementos literarios como *Vuelta*, *Luna Córnea*, *Letras Libres*, *El Ángel*. En 1982 recibió el primer lugar en el concurso de poesía de *Punto de partida*.

Dos poemas

Zaidee Rose Stavely

UNIVERSIDAD DE CALIFORNIA EN SANTA CRUZ

Siete ombligos

Hay muchas maneras de buscar el norte

una estrella

un compás

las mujeres rarámuris que

caminan junto a la estatua de un conquistador español

una línea

un mar de desierto

una canción

un recuerdo

los muertos del panteón, el río

donde me ahogué de niño

una iglesia blanca

un barquillo de cajeta

un camión

y los latidos del corazón de mi madre

y el camino

y el olvido

siete retenes en tierra mexicana

siete preguntas

siete mochilas saqueadas

siete pares de ojos que no ven

Grabados de José Pool Ojeda, ENAP



Hay muchas maneras de buscar el norte
con el sur
con el mapa
con la mano
tu mano buscando la mía
columpios al mero atardecer
una niña vuela
y atrás la señal de la Carta Blanca
fluorescente y constante
como el futuro
(¿o la verdad?)
allá te conocen el nombre
allá no saben quién soy
las miradas de dos niñas que susurran
mi nombre atrás de sus manos
en la tienda donde pido un rastrillo
el aire
el silencio
la oscuridad sin miedo
el ombligo
¿aquí dejé mi ombligo?
puede ser
quizás.





Las cosas que finjo no ver

Al hombre que mira por sobre su hombro mientras
orina contra la pared del centro deportivo.

El borracho tirado a su lado en el pasto
boca arriba hacia el sol.

La mano del muchacho metida en el espacio tibio
de la entrepierna de su novia mientras se
besan en Union Square.

Los ojos vacíos de la mujer que todas las
mañanas me pide una moneda.

Las sombras cuando camino demasiado rápido.

Piel morena.

Las niñas que juegan en el patio de al lado de mi casa, ríen y gritan en
dos

lenguajes, y construyen

castillos con sofás y

sillones viejos y les miro en secreto

pero finjo no

ver

escondida tras mis

cortinas.

Fulgor de mal (fragmentos)

Pedro Asencio

ESCUELA NORMAL SUPERIOR DE MÉXICO

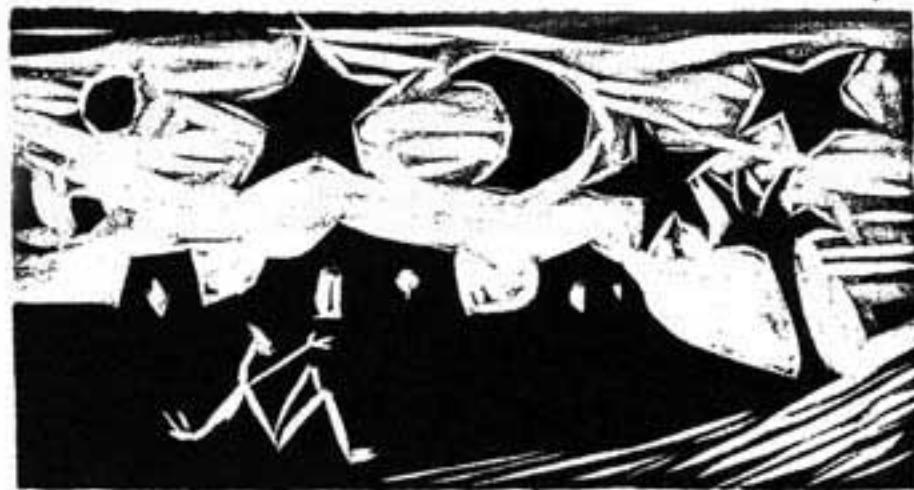
Nocturno

Necesito la noche entera.

Abandonado todo en el más hondo de los silencios,
en el hueco de lo infinito,
en la oscuridad callada donde reposa sus manos el viento.

No hay nadie. No.
Nada de aquí le pertenece a nadie.

Infiel a todo en mi propio camino,
en mi propio dolor.



Grabados de José Pool Ojeda, ENAP

Pero necesito de toda la noche para sentirme así:
desvalido,
seducido por la tierra húmeda,
desheredado y roto, solo y perdido.

Inerme en el profundo silencio de la noche que va dando densa poesía
como río a través del cielo.

Puedo navegar, dejar huir los ojos,
salir de mí,
ser la inocencia degollada.

Puedo, ahora que escribo sobre algodón silencioso
y en lo más profundo del olvido.



Diatriba

A mi país nunca lo querré con estos ojos míos,
nacidos de pobreza,
entre familias ciegas,
mala raíz.

Sólo es el sitio donde esperar la muerte.
Débil país sin tallo.
Soportando el peso de tanta miseria que arde.



—Imperio de la poesía eficaz y ligera
que une la idea con las cosas del aire,
que disciplina el arte y los nombres—.

Creía que México era de una sola historia
y maíz prieto nutriendo sus mares y su cielo.
Pero ama poco,
esconde en todas partes la muerte y es sangre
y nada más que carne.

País que confunde los rostros,
que ensucia cualquier sustancia,
patrón de horrible voz que grita las peores palabras
y crea las esencias más efímeras,
invadido por tiranos yanquis y economistas de mierda.

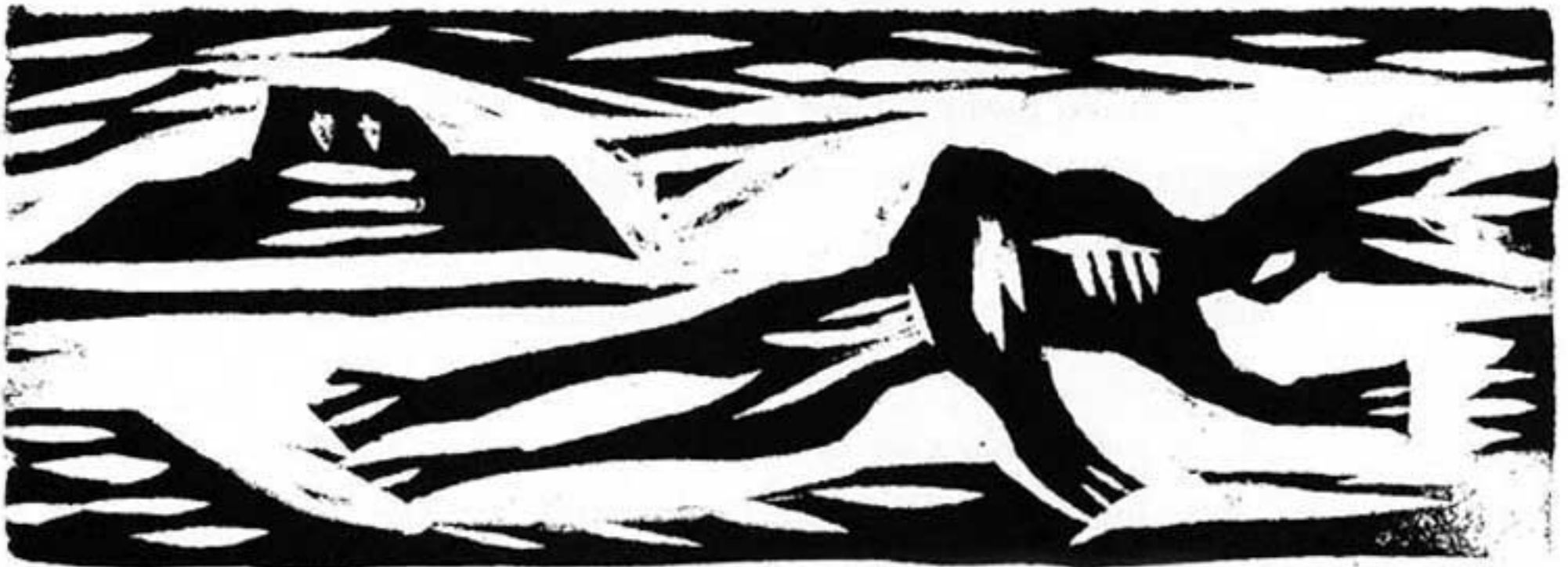
Estoy condenado a ser de tu raíz,
de los que miran sin esperanza,
de los que son ceniza que ríe,
sólo para esperar la muerte que matas.

Humedad y tristeza

Humedad y tristeza.
Recintos finales de cualquier espacio.
Vidas truncas a mitad de un país desplomado.
Ríos sucios, inútiles,
varados.

Estamos tocados de un nervio eléctrico y oscuro.
Mexicanos sin rostro,
hostiles, desolados.

País de silencios y guerreros malheridos.
Tan ausentes unos de otros.
Habla de misterio —fornicadores de noche—
contando historias llenas de sangre y reptiles.





El pasado nos acusa: para qué seguir punzando
el último nervio oscuro y destructor de los secretos,
destructor de la belleza y del saludo sin ecos.

Se derrumba la mentira de la madre Tonantzin Guadalupe
y sus pies apenas la sostienen sobre los musgos y la ruina.

Olor a humedad y lluvia que nos esperan escondidos
en los rincones del aire y la pobreza.

Dolor de no encontrarnos,
solos sin remedio,
dimensión extraña frente a nosotros.

Mexicanos hechos de angustia y sudor fúnebre.
País de justicia desierta y palabras flotando.

**PUNTO
DE PARTIDA**

**PUNTO
DE PARTIDA**



PUNTO  DE

PARTIDA

Punto



punto 
DE PARTIDA



Concurso 33

Cuarta entrega

Agua teñida de rojo / Mención en cuento breve

José Humberto Macedo Espinosa, Psicología,
Universidad Autónoma Metropolitana

Jurado: Armando Pereira y José Vicente Anaya

La caída de Adelmo / Mención en cuento

Dán Ruiz Reyes, Psicología,
Facultad de Psicología, UNAM

Jurado: Angelina Muñiz-Huberman, Jaime Erasto Cortés y Mauricio Molina

Remedio para el enfermo / Mención en ensayo

Ginés Octavio Cruz Díaz, Actuación,
Centro Universitario de Teatro, UNAM

Jurado: Marcela Palma y José Vicente Anaya

Encaje celeste / Mención en fragmento de novela

Héctor Vizcarra Gómez, Lengua y Literaturas Hispánicas,
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Jurado: José Gordon y Mauricio Molina

Sin título / Mención en fotografía

Claudia Hernández Ramírez, Ciencias de la Comunicación,
Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, UNAM

Jurado: Ximena Berecochea y Francisco Kochen

Agua teñida de rojo

José Humberto Macedo Espinosa

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Su aliento, al romper en mi pecho, me eriza la piel. Aunque estoy tentado, no voy a dar marcha atrás. Bajo de la cama lentamente: si se despierta será peor.

Por la cara que puso cuando llegamos al hotel, pensé que debería jurarle de nuevo que significaba todo para mí y que no la abandonaría; no fue así: apenas cerramos la puerta, reveló una pasión que no le conocía, es más, nunca imaginé que la tuviera. Ni parecía su primera vez. Me desconcertó. Creo que desde ahí se fregó el asunto.

Cogimos hasta quedar exhaustos. Luego, en vez de sentarme y fumar un cigarrillo —como siempre hago— permanecí abrazado a ella, sumido en una calma desconocida, evocando cada gemido, cada es-

tremecimiento. Rompió el silencio con un susurro: “Te adoro”. Algo atravesó mis entrañas; había reproche en su voz, como si se sintiera culpable de quererme y me acusara de ello. Entonces pidió que la dejara un momento a solas.

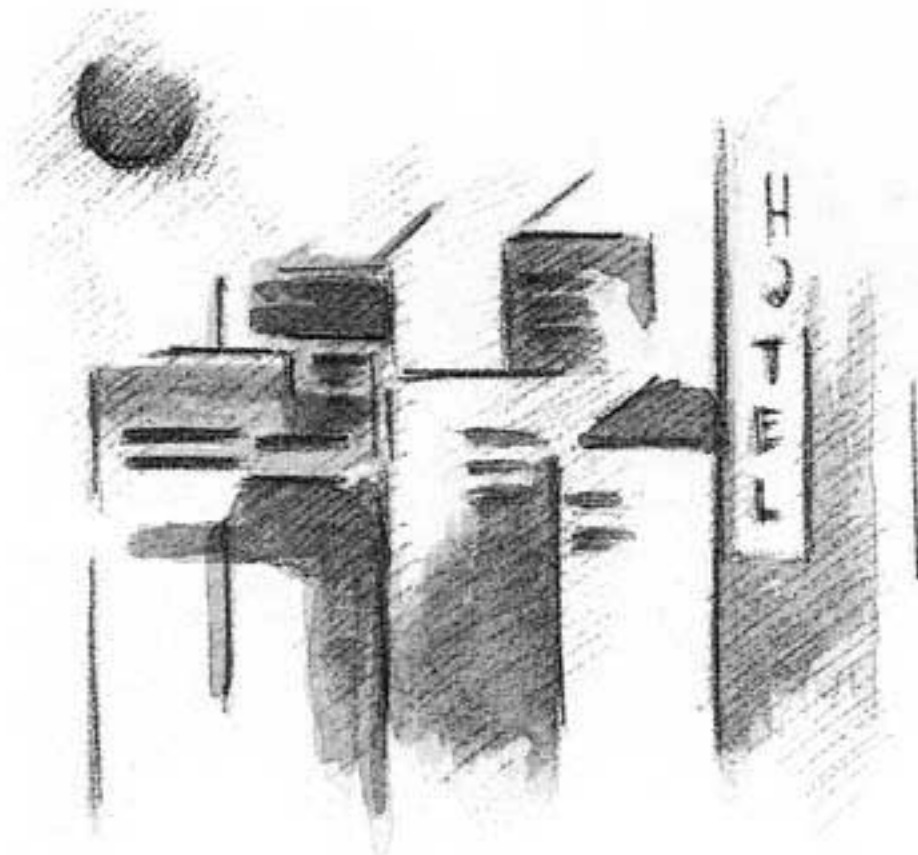
Fui al baño. Estaba ansioso. Di vueltas alrededor, leí el reglamento interno. Descolgué el espejo y luego me senté dentro de la tina. No sé cuánto tiempo estuve viéndome. El tabaco me sabía amargo. Comencé a temblar. —Déjate de pendejadas —mascullé para poder levantarme.

La descubrí a punto de quedarse dormida. Sin pensarlo, regresé a su lado. —Nunca será diferente, ¿verdad? —dijo. Fue como una patada en los tantes. Y todavía le contesté que no. Aunque por fin encuentro valor para largarme, sigo sin saber por qué resulta tan difícil convencerme de que sólo fue un himen más para el récord. ¡A la chingada!

Entre las prendas regadas por la habitación, agarro las mías. No dejo de temblar y un escozor en la nuca me produce jaqueca, pero lo que de verdad me jode es el vacío que tengo en el estómago.

Giro lentamente el picaporte. Rechina. Siento como si hubiera otra puerta, invisible, para impedir mi huida. Sin poder evitarlo, la observo una última vez. Su cabellera castaña cubre la almohada, sus pequeños senos y sus piernas están al aire. ¿Y si me quedo? ¡Qué mierda pienso!

El eco de mis pasos retumba en mi cabeza. Con el viento de la madrugada se incrementan las náuseas. ¡Qué puto frío! Rumbo al auto miro constantemente hacia atrás: se me ocurre que podría salir de pronto



Dibujos de Diana Gómez Juárez, Tec de Monterrey, Campus Ciudad de México



para evitar que la abandone. ¿Qué pasará cuando se despierte, sola? No es mi problema. Se sabrá engañada, defraudada. Su sensibilidad la aplastará. Se había protegido tanto y tan bien del dolor. Qué irónico. Se entregó a quien, precisamente, le daría lo único que ella no deseaba. Ni modo, así es la vida de culera.

Las calles parecen más largas y oscuras que de costumbre. No puedo librarme de su imagen, me persigue su mirada. ¡Carajo! Intento distraerme: enciendo la radio, acelero...

Al detener el auto, apenas escucho el chirrido de las llantas. El vacío en mi estómago ya es insopor-

table. ¡Jodida suerte la mía! Arranco de nuevo y tomo el camino de regreso. Las primeras luces del día atestiguan mi debilidad, mi claudicación. ¿Cómo pudo pasar? ¿En qué momento?

Entro corriendo al hotel. Ansío que ella aún duerma, que se encuentre tal como la dejé, sin descubrir la mentira que ahora es realidad.

La cama está vacía, pero su ropa sigue sobre el suelo. El baño está cerrado... con llave. Golpeo desesperado, suplico que me perdone. Caigo de rodillas, la alfombra está húmeda. Sale agua por debajo de la puerta... agua teñida de rojo. ●

La caída de Adelmo

Dán Ruiz Reyes

FACULTAD DE PSICOLOGÍA, UNAM

No todas las verdades son para todos los oídos.

Umberto Eco. *El nombre de la Rosa*

Como pecador he vivido y como tal moriré. No puedo soportar un segundo más el fuego ardiente de la culpa. Deben ser las llamas mismas del infierno que empiezan a consumir esta alma destinada a penar en sus fosos hasta el día del juicio. Es lo justo, y la justicia del Señor es ineludible. Jamás debí permitir a la tentación apoderarse del espíritu devoto que algún día moró en mi pecho.

Sébase que no enloquecí; tampoco es mi intención justificar el destino que elegí para mis despojos mortales; es ésta simplemente una última confesión escrita con el fin de que la tinta y el papel acusen o absuelvan a aquellos para quienes mi lengua no hablará más. Si en vida el valor no fue suficiente, ojalá esta carta atenúe en la muerte el dolor que sufriré a causa de la flaqueza de mi carácter.

Por último, vaya también este testimonio como una lección para aquellos hombres de fe que, como yo, tentados por el demonio de la perversidad y la arrogancia de la erudición, intentasen descifrar saberes que jamás debieron ser escritos por mano alguna ni salir del inflamado seno que los albergaba como si de una caverna del Hades se tratase.

Habité en esta abadía desde la adolescencia. Aún soy joven y quizás mi edad fue lo que permitió mi caída; todavía no estaba preparado mi juicio para la prueba. Los demás monjes fueron como herma-

nos para mí: algunos desde la infancia en el seminario, los más desde mi incorporación a la orden. A pesar de las debilidades que todos los hombres padecemos, la virtud y la nobleza de espíritu residían en mí sin ser perturbadas por las tentaciones del mundo. Asistí a todos y cada uno de los rezos y ceremonias efectuados en la abadía desde mi llegada. Fui un devoto seguidor de las enseñanzas y la palabra del Señor, y fiel guardián de todo aquello que lo honra. Este mismo fervor fue el primer paso hacia la perdición.

Como novicio, destacué en el manejo del pincel y los colores, especialmente en la dificultosa labor implícita en la realización de miniaturas. En la infancia estudié los más delicados métodos del arte, obteniendo el reconocimiento de los mayores. Sí, fui un miniaturista destacado, pero lejos de enorgullecerme y dormir en mis laureles, trabajé en el desarrollo de mi técnica aun hasta el día de hoy. El abad supo recompensar mi dedicación y al terminar el noviciado inmediatamente me adjudicó un lugar en el *scriptorium* de la biblioteca. Dada mi juventud, solamente se me concedió trabajar en los *marginalia* de ciertos volúmenes. No obstante, la entrega ha sido la misma para cada pequeña figura al borde como si me hubiera sido encomendada la ilustración de las parábolas de los Evangelios.

Los días se sucedieron con holgura. Trabajé con fervor esperando la asignación de mis labores. Tal vez los acontecimientos no me hubieran traído a este punto sin la intervención de uno de los hermanos en particular: Jorge. Deseo hacer aquí un paréntesis para hablar de él. Me impresionó desde mis días de

novicio. Es casi el más anciano de los monjes de la orden: de espalda encorvada, aunque muy robusto para su edad; blanco como el invierno en estas montañas, y no sólo por el pelo y la barba, sino también por la piel y las pupilas, porque Jorge es ciego. Para los monjes jóvenes la causa de su ceguera es uno de los misterios más insondables de todos los que alberga esta abadía. Mejor para ellos.

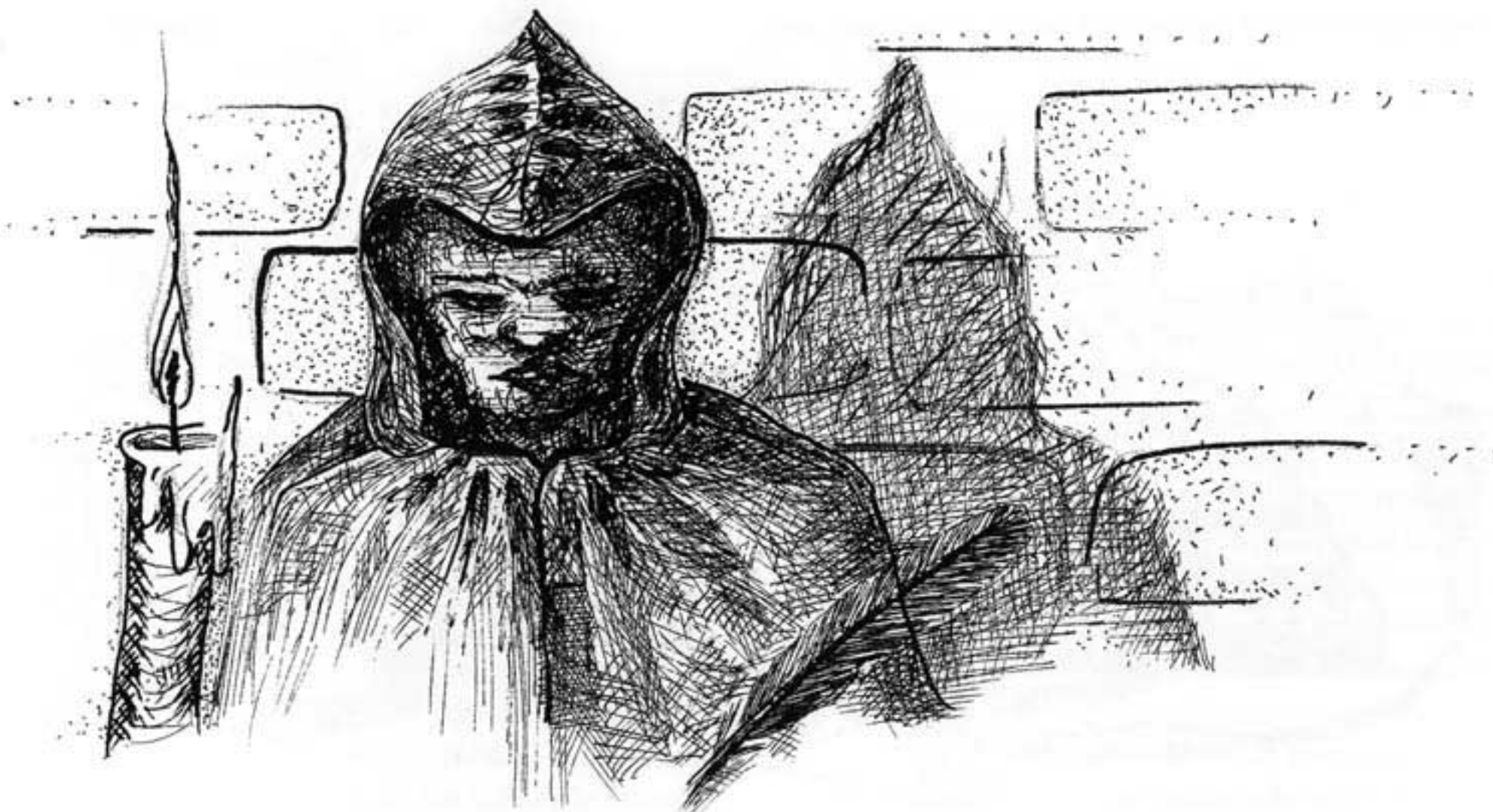
Jorge es en el monasterio una presencia ubicua. Pareciera escuchar todas las pláticas y cada uno de los secretos. Compensa la carencia de la vista con una superior capacidad de escucha y una habilidad extraordinaria para conducirse en el mayor de los silencios; cuando las sombras se apoderan de la abadía, no hay más amo y señor del lugar que él.

Tiene asimismo una memoria excelente. Recuerda y es capaz de describir con detalle ilustraciones y grabados, y es portentosa la facilidad con que se refiere a todos los volúmenes catalogados en la biblioteca hasta la fecha en que perdió la vista. Es famoso también por sus continuas citas al libro del Apoca-

lipsis, su favorito cuando la lectura no le estaba negada. Jamás presume este talento, pero a todos nos queda claro que en algún lugar de su razón ese texto se quedó grabado con letras indelebles. Gracias a él conocí una buena parte de los volúmenes de la colección de la abadía que han servido para mejorar mi desempeño como miniaturista.

Hasta el momento he olvidado mencionar la prohibición que pesa sobre todos los residentes del monasterio de visitar la biblioteca. Es un recinto vedado a nuestros ojos. Sólo el bibliotecario y su ayudante tienen la facultad de adentrarse en sus misterios. En la época en que he morado aquí, estos cargos han correspondido, respectivamente, a Malaquías —monje seco, incorruptible y más bien huraño— y a Berengario —joven como yo y de ojos lascivos y poco virtuosos—. Por si la prohibición del abad no fuera suficiente para alejarnos de la colección de textos, los sirvientes del monasterio juran la existencia de fantasmas en el edificio que la resguarda; aseguran son las almas de los fallecidos encargados

Dibujos de Ivette Ávila Rodríguez, Escuela Nacional de Artes Plásticas

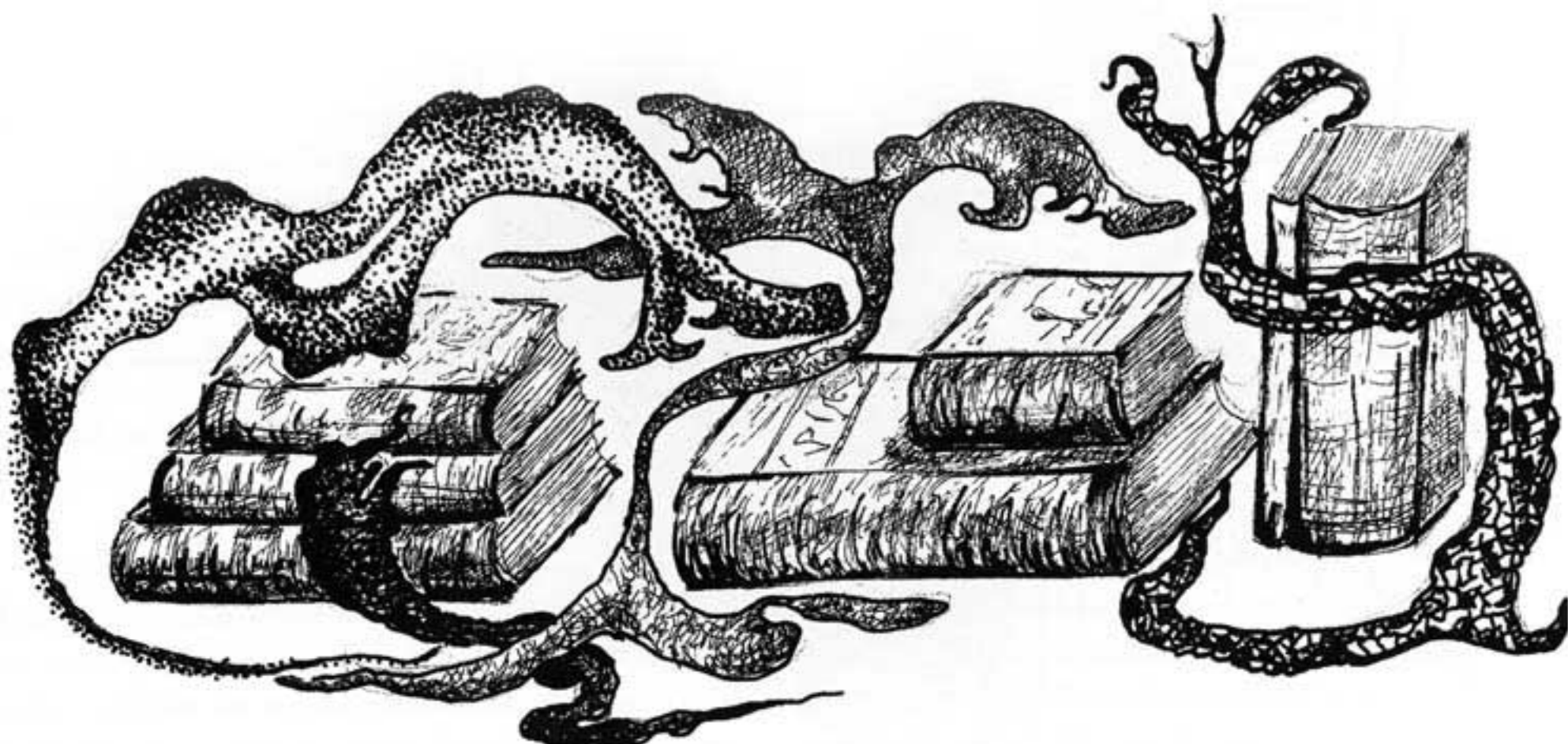


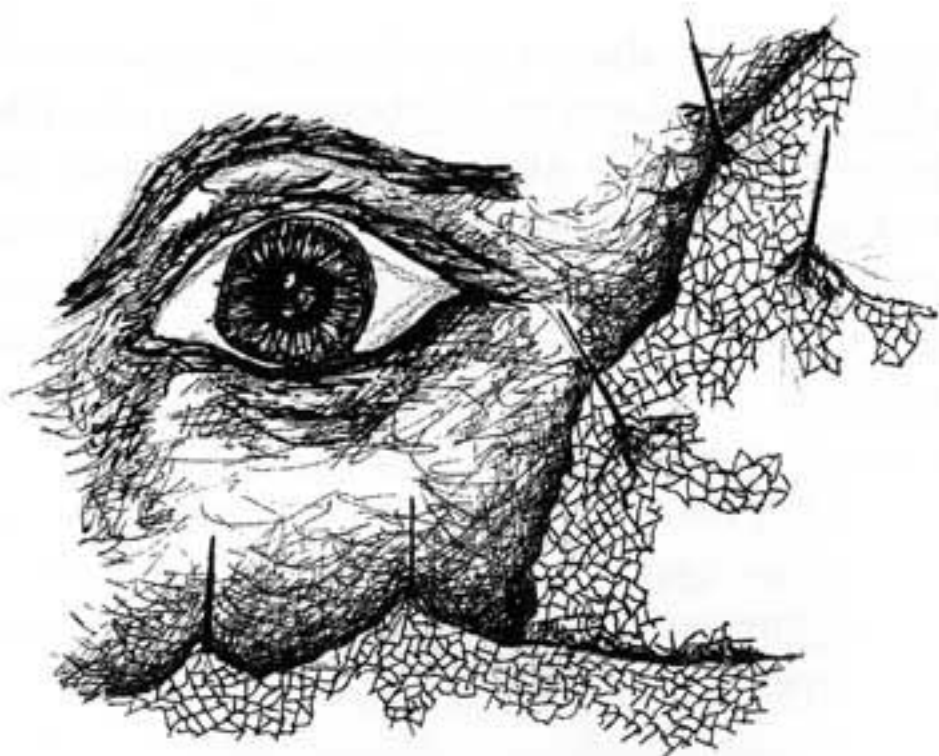
de su custodia, fieles a su palabra a pesar de la muerte. Yo he tenido la oportunidad de comprobar la falsedad de lo anterior, pero aún no es el momento de hablar de ello. Decía que los monjes sólo tenemos acceso al *scriptorium*, jamás a la colección, que se encuentra en un piso más arriba al cual sólo se puede acceder por unas estrechas escaleras en caracol. Pues bien, Jorge de alguna forma escuchó sobre mi habilidad para las miniaturas y me facilitó referencias de textos en los que recordaba haber apreciado las mejores ilustraciones. Tomando en cuenta su erudición y la exigencia de sus criterios, no vacilé en pedir a Malaquías esos volúmenes para consultarlos y así comprobar por mí mismo la maravilla de sus estampas. Al principio no se presentó ninguna dificultad. Los tomos llegaron a mis manos nutriendo mi labor. Noté la rareza de los libros recomendados. Muy poco tenían que ver con las escrituras o con la filosofía de los hombres santos, pero no contravenían las leyes divinas; además, las figuras y láminas en ellos contenidas eran excelentes. Conforme pasaron los días y las estaciones, las sugerencias bibliográficas de Jorge se acompañaban de un pequeñísimo sermón acerca de la vanidad o la tentación, así como de una fácil promesa de mi parte de consul-

tar esos libros sólo en lo referente a mi oficio y dejar el texto y las palabras por la paz. En aquellos tiempos toda mi pasión se derramaba en las miniaturas y la oración, por lo que mantener la promesa no me exigía esfuerzo alguno.

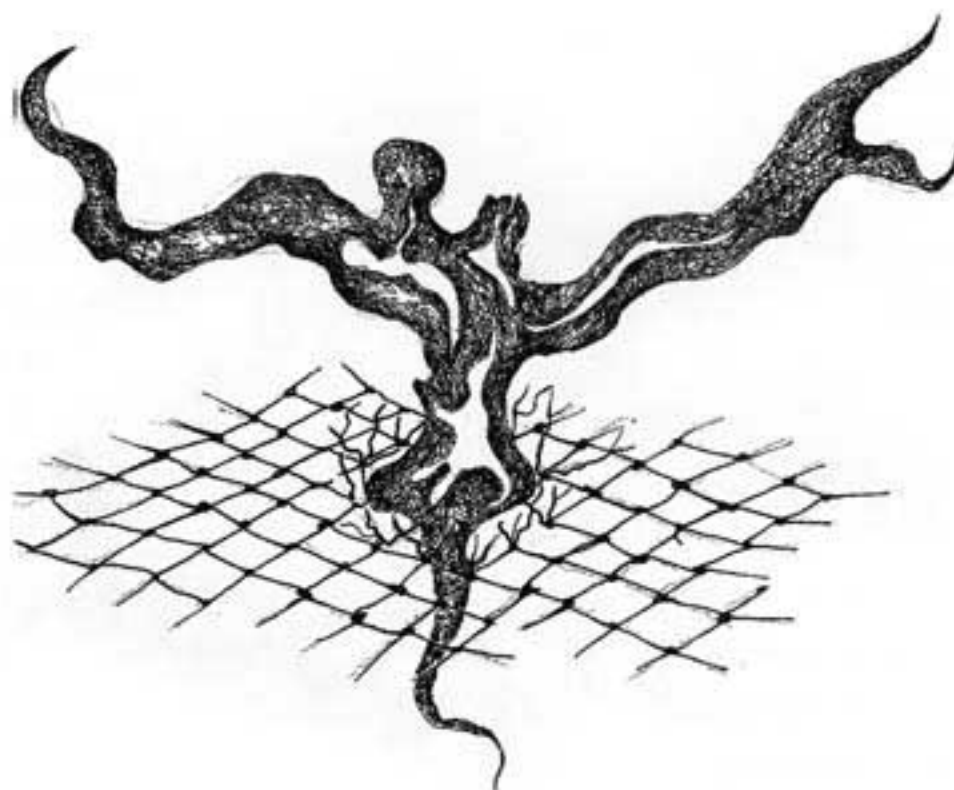
Un mal día, al pedir a Malaquías un volumen, éste se negó rotundamente a entregármelo. Mi desconuelo fue mayúsculo. Él arguyó que el texto requerido contenía elementos heréticos. Ante tal explicación, no tuve más que resignarme a ignorar por siempre las bellas figuras prometidas. Me percaté de que Berengario, el ayudante, me miraba licenciosa e insistentemente; sentí repugnancia. A punto estaba de alejarme cuando apareció Jorge sin el menor ruido, como una sombra. Con voz severa, pidió a Malaquías me entregara el libro. Después de un largo silencio Malaquías cedió, no sin antes hacerme jurar a él y a Jorge que no revisaría el texto. En ese momento Jorge confió en mí. Nunca supe por qué lo hizo. Tal vez fue únicamente por dar a otros ojos la oportunidad de mirar los prodigios que los suyos ya no mirarían, tal vez era sólo una lucha de poder con Malaquías. No lo sabré jamás, pero no debió hacerlo.

Pensé que la simpatía de Jorge hacia mí era fruto de mi juventud o mi talento, creo que no habría in-





tercedido por ningún otro frente al bibliotecario. De cualquier forma, fallé en mi promesa. El incidente entre él y Malaquíás azuzó a la curiosidad. De antemano, las ilustraciones de los textos facilitados me daban pistas de sus contenidos y del peligro que encerraban para una voluntad tan poco firme como la mía: demonios, cavernas del averno y manifestaciones infernales llenaban esas páginas. Si no los leí fue por temor a caer en tentaciones incontenibles; llegué a cuestionarme por qué las más espléndidas de las láminas figuraban en tomos de tal naturaleza; quizás los dedicados a este arte tenemos el destino echado. Si hasta ese momento la seducción de las palabras no había sido suficiente para derrotar mi integridad, debí haber soportado lo mismo con este libro, pero cedí. Comencé a leer, rompiendo el juramento. Arrastré los ojos por primera vez sobre los vocablos dibujados por manos infieles sobre aquellos pergaminos. Y, para solaz de mi cuerpo y detrimento de mi espíritu, lo disfruté. Comprobé lo supuesto: las palabras eran todavía peores que las imágenes. El tiempo pasó sin que lo notara y al cabo de unas horas, quedé prácticamente solo en el *scriptorium*. Esa tarde recorrí de la mano de algún hereje desconocido un génesis, unas profecías y un apocalipsis diferentes a los de las escrituras. Y, lo peor: por unos instantes lo creí. Mi esencia se estremeció al sentir el tambaleo de la fe. La culpa por faltar a la



promesa hecha al anciano que depositó su confianza en mí corroyó mis entrañas. Sin querer saber más, cerré el libro con la intención de abandonarlo y no volver a él jamás. Al hacerlo noté la presencia de alguien a mis espaldas. Me volví con la esperanza de ver a Jorge, admitir frente a él mi fallo y buscar su perdón; pero sólo hallé los ojos detestables de Berengario, fijos en los míos como lancetas en la piel herida. Sonreía. Salí del lugar sin dedicarle ni una palabra, aunque con la seguridad de haber sido descubierto.

Esa noche no pude dormir. Necesitaba la confesión como al agua misma, pero sabía que el abad no me permitiría regresar a ese volumen y no pude, no quise soportarlo. Debí haber dedicado mis pensamientos a la oración, a buscar en el Señor la guía para alejarme de ese nuevo saber peligroso para la fe y el alma. Pero no fue así, el insomnio sólo sirvió para repasar en la memoria las palabras de ese texto, tan terribles y contrarias a las escrituras. ¡Cuán lejos estamos de la verdad! Mis esfuerzos por no pensar en ello fueron inútiles. Una y otra vez volvían a mí las ambiguas descripciones de una batalla librada entre dioses estelares por el dominio de este mundo. Horrendos y velados eran los pasajes relatados allí, pero aun así estaban preñados de verdad, una verdad que mi razón se negaba a aceptar, pero que poco a poco se deslizó en mí como la única, rasgando en mil pedazos el tejido de lo que había sido antes realidad:



no es Yahvé quien gobierna esta Tierra, son aquellas deidades antiquísimas y casi olvidadas para quienes los hombres no somos más que insectos insignificantes que sólo sirven para adorarlos. Esto que habitamos es simplemente un parque de juegos que nos será arrebatado irremisiblemente cuando las estrellas regresen al lugar indicado.

Para llegar a esta conclusión no me bastó esa noche. Mi fe todavía era fuerte y me obligó a seguir el único camino que conocía: el conocimiento. Terminé ese texto y pedí más a Jorge. Mil y un veces juré. Mil y un veces rompí la promesa. Conforme aprendí más de aquellos seres habitantes de la Tierra desde los primeros tiempos, dueños de ella por derecho propio, mayor fue mi necesidad por saber. Al paso que mi cerebro se impregnó de blasfemias, el hambre de ellas creció. Si dormido, las pesadillas me atormentaban con recuerdos incrustados en lo más profundo del recuerdo ancestral, como si hubiera sido testigo de las atrocidades leídas; si despierto, consultaba los tomos ya por mi cuenta y so pretexto de mejorar mi arte, con la conciencia sucia y marchita a cada nuevo juramento falso, a cada volumen revisado. Cada uno de ellos de una congruencia lógica apabullante. Esos textos están escritos de forma tal que si el temerario

lector logra descifrar su contenido, los conocimientos albergados anidarán en su cabeza como si para ello hubiera sido creada. Deseé haber sido un común, un iletrado, así no me habría enterado de aquello. Ahora entendía la razón por la que no nos permitían entrar a voluntad en la biblioteca. A nadie convenía la perdición de una orden de ilustrados. Creo que desde entonces supe que estaba perdido.

Dichas lecturas comenzaron a reflejarse en mi labor. Mis creaciones, cada vez de mejor acabado y color, representaron paulatinamente figuras de mayor corrupción, embajadoras del orden de cosas recién descubierto. Así, enmarcando los textos a mí encomendados se hallaban dragones serpentinicos, criaturas marinas ciclópeas, moluscos gigantes rebosantes de tentáculos, seres mitad anfibios mitad hombres; entes enormes y carentes de rostro, deformes y errantes; camadas infinitas de abominaciones se desbordaron de mi pluma como si un dique se hubiera roto y dejara salir mares y mares de locura y blasfemia. El abad mismo me reconvino al respecto. Debía evitar esos desplantes o sería relegado de mi tarea. Por suerte no estaba enterado de la clase de libros que yo consultaba. Prometí no recaer, pero ¿qué valía ya mi palabra? Nada, ni siquiera para mí.

Al enterarse de esto, Jorge, que por causas obvias no había reparado en el carácter de mis recientes ilustraciones, se mostró severo y negó cualquier apoyo en el futuro; no volvería a interceder por mí ante Malaquías ni a confiar sus conocimientos a mi favor. Supervisó en adelante los volúmenes por mí solicitados a la biblioteca. Enfurecí inútilmente; todos mis esfuerzos posteriores por acceder a tales libros fueron ineficaces. Malaquías y Jorge formaban un muro por demás infranqueable. Un desconsuelo lejano a toda forma piadosa se apoderó de mí. La dependencia hacia esos textos me resultó inexplicable. Me sentí capaz de cualquier cosa con tal de enriquecer el ahora extenso acervo de herejías que para mí eran toda la verdad. En los siguientes días no probé alimento, asistí a las ceremonias sólo como un hombre vulgar más, mi fervor ya no se dirigió al altar, sino hacia el edificio que alberga la biblioteca.

Esa tarde intentaría de nuevo allegarme a un tomo cuya lectura dejé inconclusa. Si Jorge o Malaquías trataban de impedirlo, actuaría. Estaba dispuesto a todo, tal era mi afección.

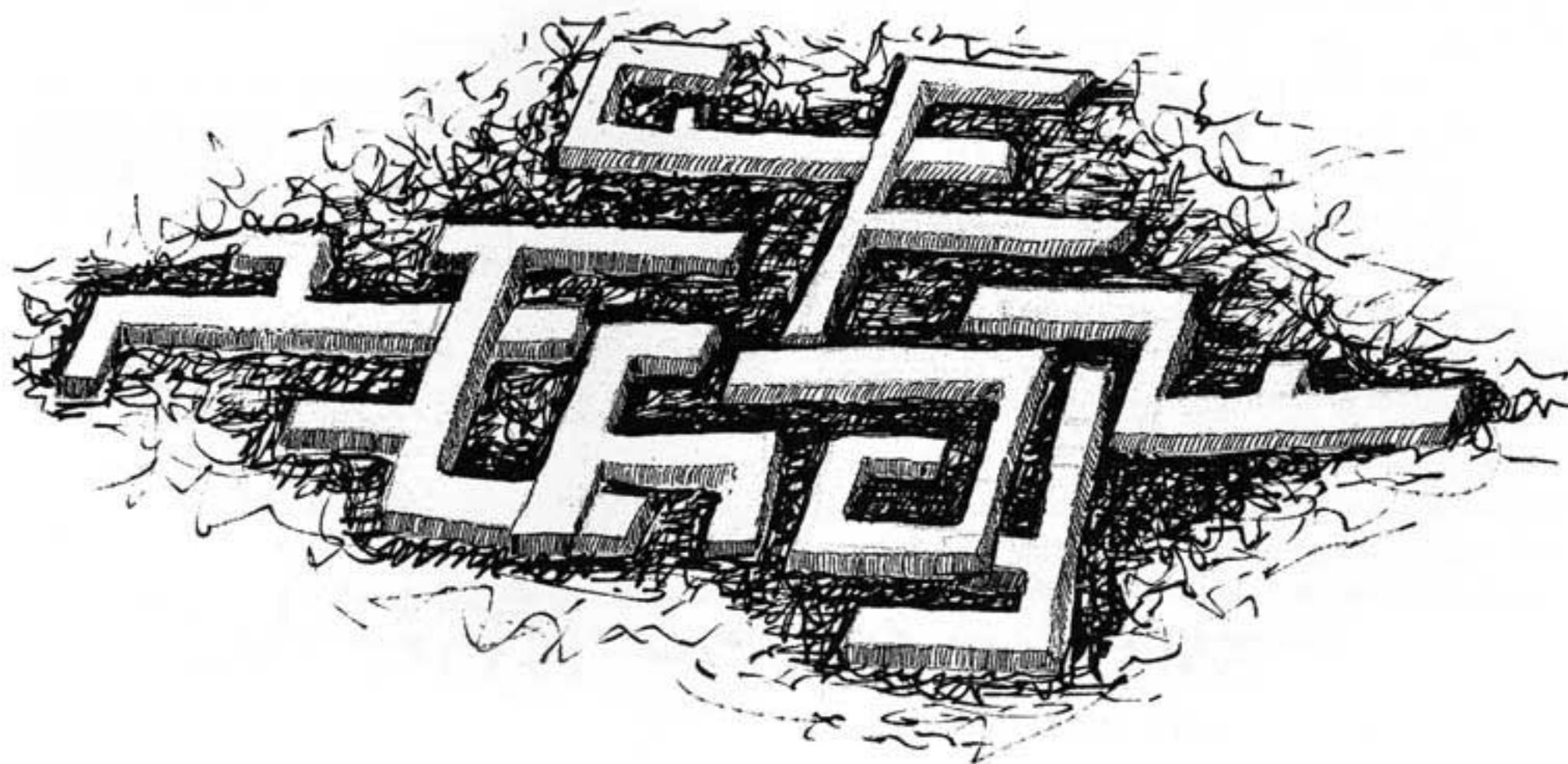
Cuando me dirigía al *scriptorium*, Berengario me salió al paso. Pidió hablar conmigo a solas y nos dirigimos al huerto. Allí dijo conocer mis aficiones, apetitos las llamó, y estar dispuesto a ayudarme, a cambio de concederle el favor de aliviar los suyos.

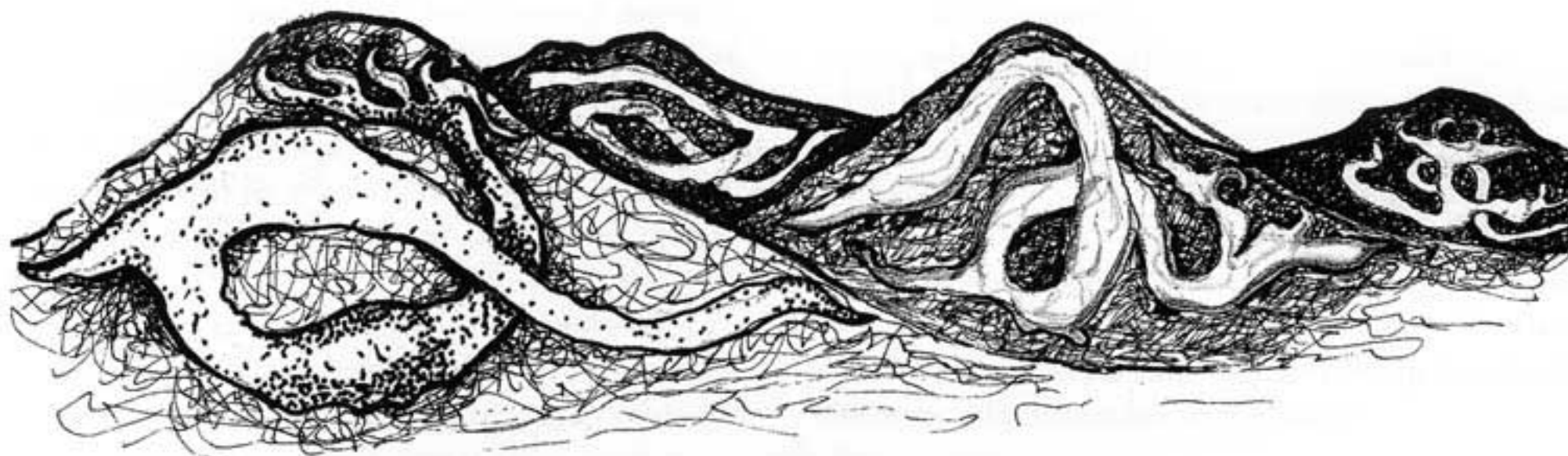
No deseo consignar aquí con detalle cuan impura fue su proposición, sólo reflejaría un alma más manchada de impiedad que la mía. He dicho haber estado dispuesto a todo por continuar mis deshonrosos estudios, y Berengario apareció en ese momento como el mismo Satanás para comprar mi alma. El dolor me ahoga al pensar en el inmundo y repugnante estado de corrupción en que se halló mi espíritu en el momento de aceptar. ¡Que el Señor se apiade de mi alma inmortal! Cedió a las requisiciones de aquel perverso con tal de no privarme del conocimiento impuro. A partir de esa noche, accedería libremente a la biblioteca gracias a la llave que, como ayudante del bibliotecario, él poseía.

Al entrar al recinto pensé que el sacrificio había valido la pena. Era un piso completo del edificio. No sé si fue por el efecto de la oscuridad, pero me pareció un laberinto indescifrable. De no haber sido por la guía de Berengario, me habría extraviado con facilidad. Me llevó a una sección rebotante de los textos de mi preferencia. La alegría propia de los dementes me embargó tan sólo con verlos. Muchas noches pasé allí acompañado únicamente de un candelabro y de los volúmenes prohibidos. Poco a poco, cebaba mi alma para hacerla caer de un solo desplome a los confines del infierno. Las horas huían sin que yo notara su paso. Para que mi ausencia en las ceremonias no llamara la atención, Berengario pasaba por mí un poco antes del amanecer para la misa de maitines.

El abad no tuvo más queja de mí aunque de vez en cuando se fugara de mi mano una figura detestable en algún margen. Jorge debió creer en la enmienda de mi camino, porque no me recriminó más, a pesar de lo cual ya no gocé de su cercanía. No me importó, sólo vivía para esas veladas en la biblioteca.

Continué con mis lecturas. Una referencia me llevó a la otra y de esa forma estuve a punto de ter-





allá arriba que no se percató del hurto ni por asomo. Quizás a esta hora se haya dado cuenta, pero ya es demasiado tarde.

Entré en mi celda y me dispuse a la lectura a la luz de las velas. Para mi decepción, las primeras dos partes del tomo eran indescifrables a mis ojos: una en árabe, la otra en sirio. No me desanimé; los siguientes dos capítulos estaban escritos en latín —obligatorio para un monje— y griego antiguo —que no desconozco—, respectivamente. Comencé a leer el texto en latín.

Cierto es que de este tomo fluyen todos los saberes arcanos resumidos en los otros libros. Con tan sólo unas páginas de lectura, sentí correr por mis venas el dolor de los antiguos al abandonar la tierra o al ser condenados a yacer en sueño eterno dentro de ella. Sentí la furia incontrolable de las razas serviles por no poder liberar a sus amos y señores; sentí, en fin, la angustia de perder mi alma irremisiblemente a la oscuridad de seres más malignos que Lucifer. Haciendo acopio de toda mi fuerza, cerré el volumen. Había ido demasiado lejos. No quería seguir adelante. No sé si fue el último intento de salvación, pero decidí confesarme en ese mismo momento. Sabía que me echarían de la orden, pero era penitencia insuficiente comparada con el sufrimiento que ahora agobia mi alma. Tomé una antorcha y el texto y salí hacia la celda del abad.

La oscuridad reinaba. El cielo había comenzado a cobrar la afrenta castigándome con recios granizos duros como la roca sobre la que se yergue la abadía. Avanzaba con firmeza cuando de pronto alguien me tomó por la manga. Volví la cabeza. Era Jorge. Su barba y cabello lucían aun más blancos por los trozos de granizo que los adornaban. Preguntó por qué estaba tan alterado y hacia dónde iba. Alguna extraña simpatía me llevó a querer descargar el peso de mi alma con aquel anciano sin vista a quien había fallado. Lo apresuré a entrar en su celda pidiéndole confesión. Asintió y entramos. La única luz provenía de mi exangüe antorcha. Comencé la narración de mis faltas desde el primer día en que fallé por primera vez a una promesa. Jorge, acostumbrado a escuchar confesión de otros hermanos, simplemente asentía. No dio señales de escándalo ni siquiera al mencionarle el trato con Berengario, sólo movió la cabeza con seriedad. En la parte final de mi relato, las lágrimas corrieron a raudales por mi rostro al llegar el ansiado arrepentimiento. Para dar mayor fuerza a mi confesión, arrojé el libro hurtado a sus pies y juré no tocarlo jamás aunque la tentación corroyera mis entrañas como una rata hambrienta. Jorge, lentamente, tomó el volumen y me dijo que eso sería imposible. Lo abrió aparentemente al azar en una página de la sección en latín. Me ordenó leer en voz alta un párrafo a mi elección. Comencé. Para mi sorpresa,

Jorge recitó el final de ese párrafo, y el comienzo del siguiente, y así hasta completar esa página. Temblé de pavor al escuchar a aquel hombre, respetado por toda la orden casi como el abad mismo, pronunciar herejía tras herejía. Quedé cerca de la inmovilidad. Por fin calló, y el silencio que vino creció a cada respiración, a cada latido, por eso recuerdo perfectamente las ásperas palabras que lo rompieron: "No hay salvación, Adelmo. No hay forma de escapar de él. Cada vez que lo intentes fallarás; cada noche lucharás contra ti mismo por tu salvación. Has conocido la verdad y ahora no puedes callarla. Yo lo sé. Sólo existe una forma de vencer la tentación, y la única alternativa es la muerte." Al tiempo que decía esto, acercó su rostro a la antorcha, mostrando sus ojos ciegos, llenos de escoriaciones y cicatrices. Pude ver en ellos el dolor de las tinieblas, un dolor que jamás compensaría los sufrimientos eternos de un alma condenada.

Mi alarido debe haberse escuchado en toda la abadía.
Salí de allí

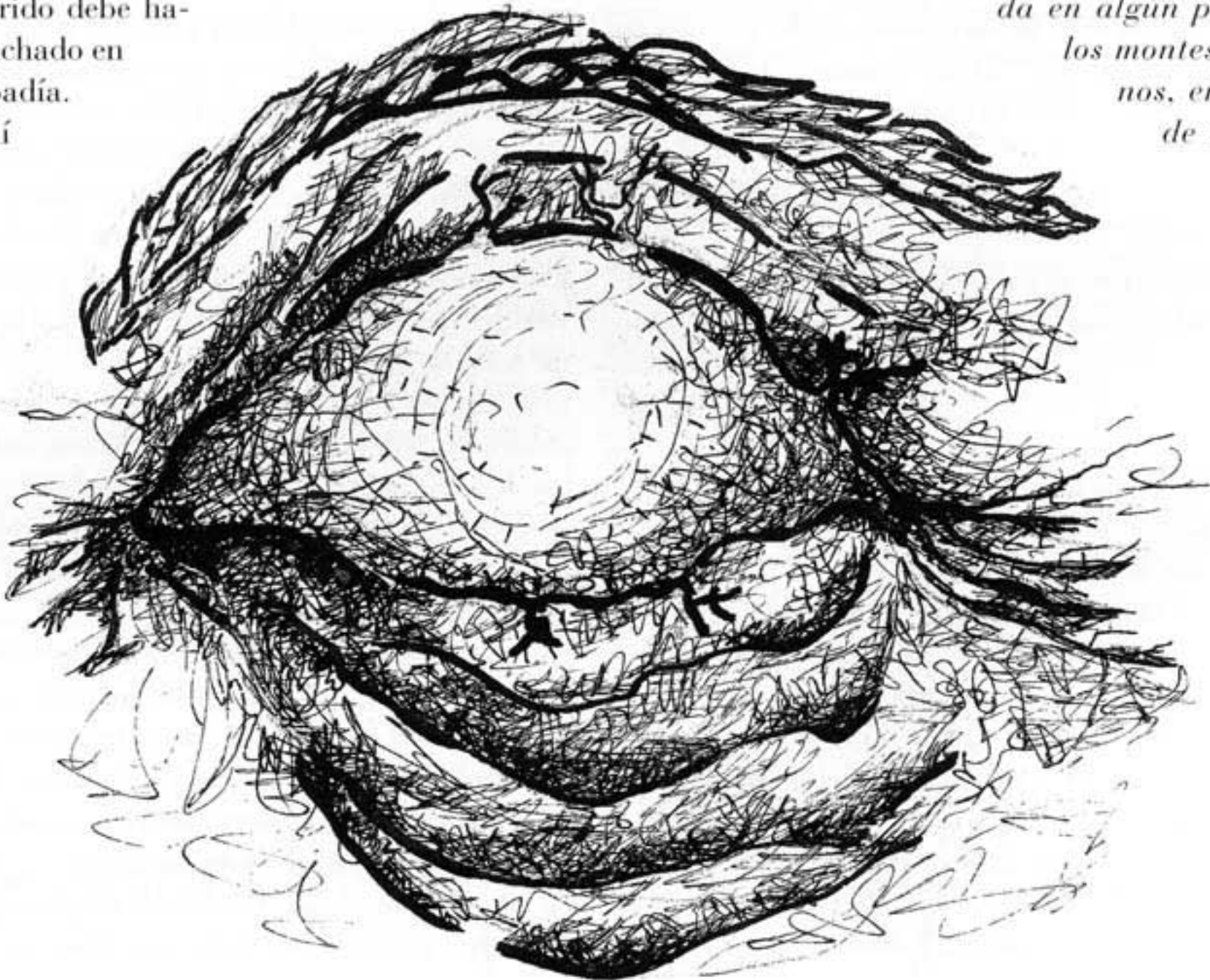
inmediatamente, convencido de la futilidad de mi confesión. Llegué a mi celda y comencé a escribir este último desahogo. Lo dejaré a buen resguardo, no conviene que Jorge o Berengario lo encuentren antes de tiempo. Sé que mi carácter no es tan fuerte como para soportar la tentación, ni mi espíritu tan valeroso como para tomar el mismo camino que Jorge eligió.

La alternativa ofrecida es la única para mí.

Espero que el hielo y las rocas del peñasco sean suficientes para acabar con mi pena. Si no es así, la noche helada sabrá tragar cada gota de sangre manchada de pecado.

ADELMO DA OTRANTO

Pergamino hallado por un pastor al hurgar bajo las baldosas en las ruinas incendiadas de cierta abadía ubicada en algún punto de los montes Apeninos, en el año de 1327. P



Remedio para el enfermo (estudio del humor del juglar)

Ginés Octavio Cruz Díaz

CENTRO UNIVERSITARIO DE TEATRO, UNAM

*¡Oh, que buen amor saber yoglar,
Saber yoglar de la tambora Ran-cata-plan!
Copla Popular Burguesa*

Allí van los tres: el juglar y su mujer, seguramente una juglaresa, con su hijo que será un juglar; en medio de un camino desierto o con árboles, pero desierto de hombres. Seguramente les va bien pues no todo juglar dispone de un burro o de animal de carga. Es un lujo. Van con el miedo de que se aparezca en el camino algún salteador, o de llegar a un pueblo con la peste negra, o de que sea el último viaje. En el siguiente pueblo esperan agradar a todos con sus bailes, cantos, noticias, chistes, remedos de animales y de clérigos y con sus mofas prudentes e imprudentes; se desnudará el juglar frente a la Iglesia para hacer algún chiste obsceno, y los monjes le llamarán demonio. Esperando, siempre esperando, acabar borracho en la taberna... y no acabar solo y enjitomatado.

Los juglares varios

La juglaría es una de las manifestaciones teatrales más importantes de la Edad Media. Hoy mucha gente tiene la visión del juglar ubicada en el estereotipo, cercana más al trovador que al propio juglar. Es difícil hallar los límites entre ambos, pero existen.

El cliché del juglar es el del mensajero errante que viaja con un instrumento de cuerda*, y que canta mensajes, nuevos acontecimientos y hazañas de héroes en verso (cantares de gesta), de villa en villa, para el deleite del público. Aunque esta descripción corresponde más al trovador medieval, el juglar hacía todo esto, mas no solamente.

Es común también que se le vea como a un actor vagabundo y harapiento que se gana la vida con miles de artes escénicas, unas un poco torpes, otras más

*Una vihuela, cítara o lira, comúnmente, aunque el Arcipreste de Hita nos mencione más: guitarra morisca, guitarra latina, laúd, medio canon, arpa, rabé, simfonía o zamfoña, salterio, baldosa, bandurria, dulcemel, entre los de cuerdas. Entre los de viento: la axabeba, los albogues, el albogón, el añafil morisco, la trompa, la gaita; y los de percusión: atambor, tamborete, atabla, panderete, entre otros. *Del Libro de Buen Amor*, del Arcipreste de Hita. c.1227-1234.

dominadas. ¿Y los juglares del rey y de los clérigos? ¿Y los juglares que con tanto dinero ganado no se lo gastaban en el antro sino que se compraban casas? El cliché del juglar lo pone en la plaza pública y no en la boda del noble, ni en el templo, escondido, con careta de obispo.

Existía toda clase de juglares como hoy hay tipos de actores. Y no a todo aquel con un desempeño parecido al del juglar se le llamaba juglar. Generalmente los investigadores los dividen en dos clases: los aceptados por la Iglesia y por los moralistas, y los que no, los no permitidos. Algo es claro: en un principio la juglaría era un arte noble, sin nociones de bajeza profana. Era un arte culto. En 1274, en la “Suplicatió al rey de Castela per lo nom dels juglars”, dirigida a Alfonso X el Sabio, Girardo Riquier lamenta:

[...] que se llame juglar al que hace juegos con monos y títeres, o al que con poco saber toca un instrumento cantando por plazas o calles ante gentes bajas y corre enseguida a la taberna a gastar lo poco que gana, sin que ose nunca presentarse en una corte noble. La juglaría no es esto pues es inventada por hombres doctos y entendidos para poner a los buenos en camino de alegría y honor.¹

Dibujos de Said Emmanuel Dokins Milián,
Escuela Nacional de Artes Plásticas



Hay que tener cuidado con su clasificación porque hay numerosas manifestaciones teatrales en la Edad Media a las que podría llamárseles juglarescas. Es claro que éstas son artes menores que la del juglar, “tipos afines”, como les llama Menéndez Pidal, pues el adjetivo que quedó al fin y al cabo, sea despectivo o bueno, es el de juglar. “[...] el antiguo nombre de ‘juglar’ quedó como sinónimo de ‘chocarrero que trata y habla siempre de burlas’ o como ‘truhán vagabundo y de mala vida’[...].”² Al final, el pueblo parece haberle ganado el juglar a la nobleza. Aunque fue de todos, la vida del juglar en el pueblo se hizo, valga la redundancia, más popular. Es ahí donde está más presente el humor.

Me dedicaré, pues, exclusivamente al humor del juglar de la calle, el que andaba de pueblo en pueblo, que puede ser el mismo que el que visita la casa del noble. Es cuestión de ventas. No se le puede dar lo mismo al pueblo que al noble. El juglar no ofrecía el mismo espectáculo a las distintas clases.

¹Menéndez Pidal, Ramón. *Poesía juglaresca y juglares*. Ed. Austral. España, 1962. p. 18.

²*Ibidem*. p. 23.

El juglar palaciego provocaba placeres más eruditos, aunque siempre cabe la risa mala leche. “[...] en las cortes de los grandes [...] [los juglares] dicen de nuestros e ignominias de los ausentes para agradar a los demás.”³ Es más, el juglar palaciego es génesis del otro, pues esta figura aparece primero en la corte (por algo se queja Girardo Riquier con Alfonso X el Sabio). Así como el drama litúrgico sale de la iglesia para popularizarse y convertirse en juegos medievales y otros eventos, el juglar sale del palacio. Si antes viajaba de palacio en palacio, ahora viaja de pueblo en pueblo con características más lúdicas. Podríamos decir que más ricas y más atractivas, aunque un poco grotescas. “La distancia entre ambos tipos (el juglar cortesano errante y el juglar común) sólo se acorta cuando el cantor cortesano pierde el favor de la corte y tiene que encontrar a su público por las esquinas de las calles, en las posadas y en las ferias.”⁴

Dios dio al Papa y el diablo al juglar**

Segreres, remedadores, bufones, juglaresas o juglares, soldaderas, ciegos, zaharrones, sotis, cazurros, caballeros salvajes, clérigos juglares, entre muchas otras, son algunas de las manifestaciones juglarescas de las que se tiene mención, en las que sólo el bufón y el trovador asemejan al juglar en popularidad. Muchos creen que las mujeres no practicaban esta actividad pero tal parece que sí. Las soldaderas, por ejemplo, no sólo actuaban y bailaban sino que también ofrecían servicios carnales. Los otros tienen una característica común con el juglar, que es la burla.

La risa, don —o mal— que Dios —o, más bien, el Demonio— le dio a los hombres —y parece que a

³Menéndez Pidal, Ramón. *Poesía juglaresca y juglares*. Centro de estudios históricos, Madrid, 1924. pp. 112-113.

⁴Hauser, Arnold. *Historia social de la literatura y el arte*. Tomo 1. Ed. Debate, España, 1998. p. 196.

**En *Andrei Rubliov*, película dirigida y escrita por Andrei Tarkovsky, esta frase entrecomillada se la dice un monje a otro, mientras ven a un juglar que ofrece su espectáculo a la gente de una cabaña que les dio refugio de la lluvia. Cuando acaban la lluvia y el espectáculo unos soldados se llevan al juglar como delincuente.





las hienas— es una sensación, una emoción difícil de provocar al espectador. El actor, cuando hace reír al público, rezuma en el cuerpo una dosis de alegría combinada con extatismo y vanidad que obliga al vértigo de provocar más. No desea que esas risas acaben nunca. La risa del público induce en el actor la seguridad, el sentirse maravilloso y, por un momento, omnipotente. Es la risa una de las tantas manifestaciones de la atención y del deleite del público en el número teatral (cuando ése es el objetivo del espectáculo).

Pero la risa es profana. “[...] del latín: *pro-fanum*: el lugar delante del templo, fuera del templo.”⁵ En el ritual religioso, por lo menos en el cristiano —que es del que hablaré en este ensayo por su condición antitética con el juglar—, no se vale la risa. Pero el juglar sí se puede reír de lo religioso. La risa es propia del teatro y de todo arte que tenga que ver con la lírica en la Edad Media. Y todo teatro, lo que debe llamarse teatro, ha abandonado el sitio del templo religioso o sus leyes, es profano. El juglar es profano; la risa que provocaba lo es, por eso se le persiguió tanto.

“La religión y el humor son incompatibles”⁶, pero a pesar de esta naturaleza, son hijos uno del otro. Existe cierta interdependencia simbiótica. Si la risa es profana tuvo que haber sido sagrada en un principio, para haber sido profanada; es decir, para

⁵Kundera, Milan. *Los testamentos traicionados*. Ed. Tusquets. México, 1994. p. 17.

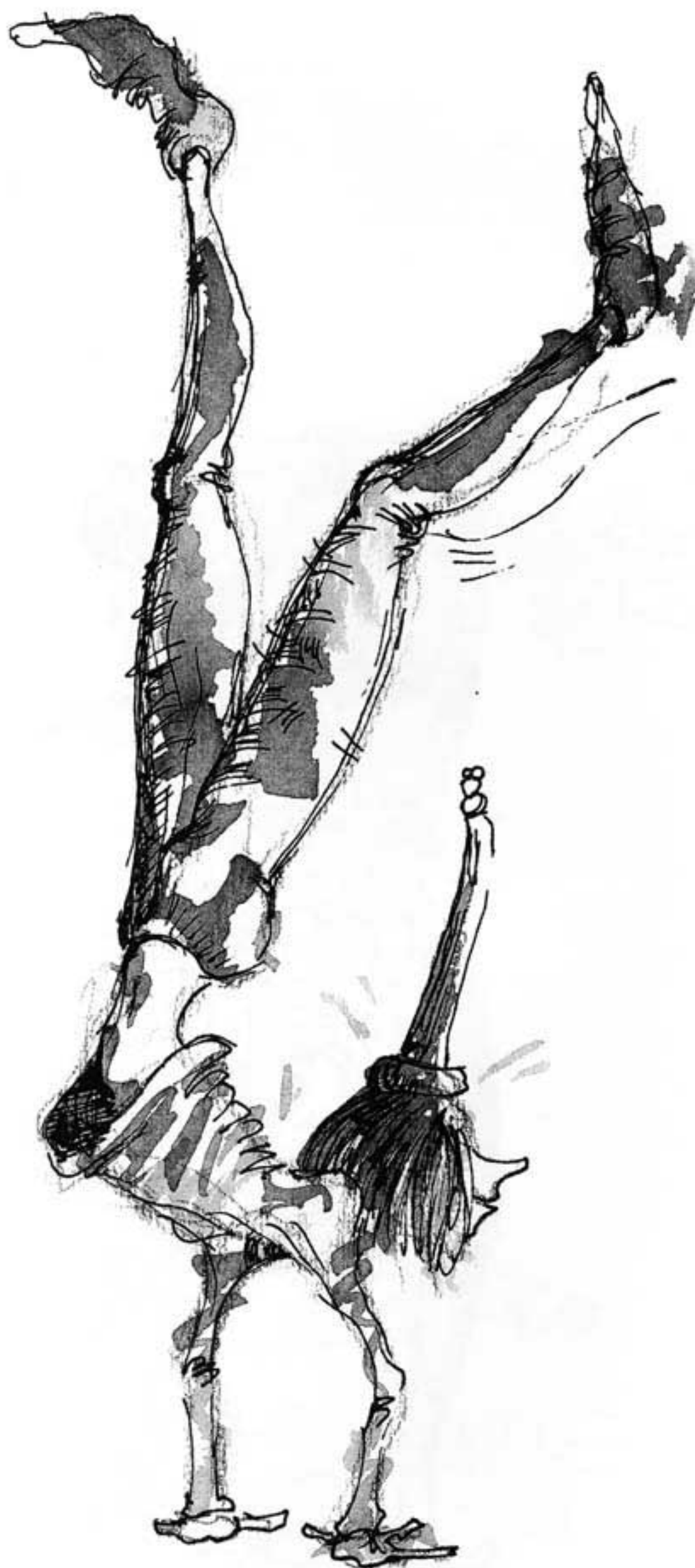
⁶*Ibidem*. p. 17.

que lo sagrado saliera del templo. Hay muchas noticias de la relación de juglares con clérigos: la entrada de lo profano a la iglesia, aunque suene contradictorio. Y si los juglares no iban a la Iglesia, los clérigos iban a la calle a buscarlos. Claro ejemplo es el del Arcipreste de Hita, quien “[...] legó su *Libro* a todos los juglares que quisieran recitarlo, permitiéndoles expresamente cortar y añadir a su antojo.”⁷ Aunque no es el único, el *Libro de Buen Amor* es un claro ejemplo de manifestaciones juglarescas. Obviamente, esto era mal visto.

El juglar, de naturaleza nómada, dionisiaca, se desplaza, informa y sobre todo divierte. Eso es lo que la gente deseaba cuando aparecía el juglar, darle a su vida ordinaria un momento de extraordinario éxtasis teatral. El juglar busca en el humor —un humor hosco, hostil, agreste, tosco, impulsivo, loco y grosero— un fin propio. El juglar es su propia burla, es el claro ejemplo de que el cuerpo es el único instrumento de trabajo del actor. El juglar hace ludibrio de sí mismo, y al hacerlo se mofa de todos. Nada de lo que dice tendría gracia, interés en el público, si no fuera por esa cantidad de humor. La información viajaba con el humor, con el ingenio; es publicidad viva. La solemnidad no tendría ningún interés para el pueblo.

Satisfacemos las desgracias con la burla. Hay dos versiones de la desgracia: o le burlas o le lloras;

⁷Alatorre, Antonio. *Los 1001 años de la lengua española*. Fondo de Cultura Económica, México, 2000. p. 131.





depende de cómo se cuente. El cómo se hace el arte es un arte. No todos encuentran la satisfacción en el público. Parece que el juglar sí lo hacía muy a menudo. El juglar explota lo que da. Es un humor extremado, obsceno, que hoy tomaríamos como de mal gusto. Nada existiría del juglar sin el paroxismo de su humor, sin la locura, sin el extremo histriónico.

Me estoy metiendo en el submundo del feudo, la parte agresiva de las calles medievales. Un mundo fanático religioso donde el juglar esperaba cualquier reacción del público: ser admirado o ser abucheado. De cualquier forma, verlo de fuera sería un espectáculo gracioso, pues como dice Henri Bergson “no se saborearía lo cómico si se sintiera uno aislado”⁸. Es decir, que seguramente habría una opinión compartida.

No quiero encerrar al juglar en la burla. Es más, estamos en una época donde lo cómico y lo trágico no se encuentran separados; de ahí la riqueza de la satirización de las cosas. El humor ácido. El humor, como dice Octavio Paz, “convierte en ambiguo todo lo que toca.”⁹ Y es cierto, hay veces que uno no sabe si reír o no. El humor no es simple.

¿Qué buscaba el público de los pueblos visitados por el juglar? ¿Qué humor? Creo que la clave está en lo obsceno. Y es lo obsceno otro rasgo profanatorio. El juglar está lleno de ellos. La obsce-

⁸Bergson, Henri. *La risa*. Ed. Austral, España, 1973. p. 16.

⁹Kundera, Milan. *Op. cit.* p. 13.

nidad que puede crear el cuerpo es ilimitada, y más para unas sociedades medievales tan restringidas, reprimidas por la iglesia. Lo reprimido, como es bien sabido, es lo más deseado, y cuando aparece se convierte en risa; una risa de pudor, de “así es mi vecino”, o de “igualito a mi suegra”. “No hay nada cómico fuera de lo que es propiamente humano [...]. Nos reiremos de un animal, pero porque en él habremos sorprendido una actitud propia del hombre o una expresión humana.”¹⁰ Sin embargo, el humor de este tipo de burlas no se halla en la identificación. “Yo no me comporto tan tontamente como un juglar”, podría pensar el espectador. Podría pensar que otros eran así pero no él. El reírse de alguien no nos identifica con el burlado sino con el burlador. Lo obsceno es por naturaleza violento. Así se nos presenta. Y es también un tanto repulsivo. No es una característica de la belleza. Lo obsceno, por su naturaleza escatológica, pornográfica, es del vulgo; es vulgar. El humor del juglar es un humor vulgar: del vulgo y para el vulgo. Y con el vulgo.

En lo obsceno no encontramos la vulgaridad dicha por ser simplemente vulgar, sino porque en ella hallamos la osadía, la rebeldía que es constante del artista. Una rebeldía contra un *status*, contra el Estado y la Iglesia. El juglar es continuación, intermedio y génesis del artista que se rebela y que es callado por aquellos a quienes no les conviene que



¹⁰Bergson, Henri. *Op. cit.* pp. 14-15.

se conozca cierta información, ciertas noticias de la corte o de la Iglesia, que llegaban a todas partes gracias al juglar. El artista como medio de comunicación, como revelador de cosas que el pueblo común no se atrevería a decir. El escenario ha sido, valga la redundancia, escenario de enfrentamiento social, a veces panfletario, otras con calidad artística, con humor complejo.

Me hubiera gustado describir esto así de vulgar, imbuido en el ambiente de la época: la Edad Media está llena de insalubridad. Entre sus calles, entre los cuerpos de las mujeres y de los hombres, entre los animales que cerca del hombre le llenan de parásitos. Incluso la misma nobleza tenía esas características, un poco enmascaradas por el recato. En ese ambiente crecieron los juglares que evolucionaron y perdieron el nombre para transformarse en otro tipo de actores. Los que vienen. Está otra vez el juglar, que se va con la esperanza de muchas dotes. Caerán miles de paños, unas cuantas toneladas de cebada, una noche de tragos invitada por el tabernero, una comida convidada por la dama de la casa, una borrachera deliciosa, y seguirá la fiesta otro rato si el juglar ha sido bien dotado y "cuanto mejor fuera el juglar, tanto mejor comía."¹¹ Y si no, era abucheado, agredido a jitomatazos, y sin comida se iba o le robaban en el camino todo lo que había ganado. Ahí creció el juglar: en un humor grosero y arisco, un humor de

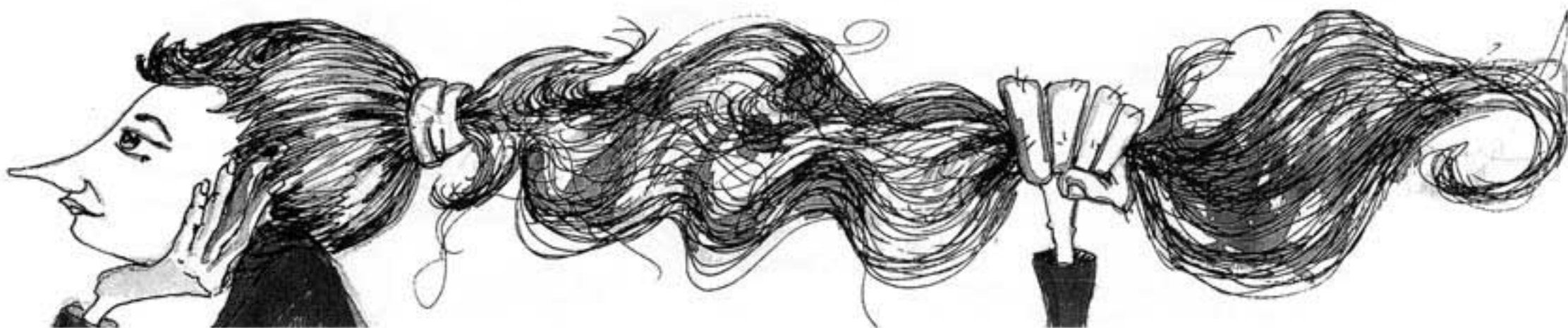
la calle que para delectación de la historia del teatro es el que más riqueza teatral le ha aportado. A pesar de que en todas las etapas de su vida, el teatro ha hallado cabida en las grandes producciones, casi siempre han sido rescatadas sus formas más simples, que son las herramientas primeras del actor: la palabra y el cuerpo, y su mente que rescata de la imaginación todo aquello por lo que lucha social y artísticamente. El teatro de la burguesía, hoy podríamos llamarle teatro capitalista, siempre será respetado y a él asistirá la gente bonita de la época, pero nunca tendrá nada que ver con el teatro hecho para las minorías que en realidad ya son mayorías, y que con toda su ingenuidad sobre las reglas del espectador asistirá a la ficción como a un regalo, como a un evento que no se repite todos los días como sucede en las grandes ciudades donde largas temporadas sustentan la fama. El teatro en nuestros días, en nuestras ciudades, ha perdido en mucho ese carácter eventual, pero siempre habrá quien lo considere así. El teatro es un acontecimiento que está hecho para todas las clases sociales pero que en la calle parece haber encontrado sus máximos exponentes. Esos relegados por la sociedad gobernante, pero esperados por el pueblo que siempre aguarda algo de mágico en sus vidas. No saben que el actor también los espera.

Bueno, "El romanz es leído/ dadnos el vino".^{*** 12} P

¹¹Alatorre, Antonio. *Op. cit.* p. 116.

^{***}Pedir vino era la fórmula juglaresca para pedir paga.

¹²*Ibid.* p. 119.



Encaje celeste

Héctor Vizcarra Gómez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS, UNAM

Capítulo uno

Aún conservo el condón con el que Clara y yo cogimos por última vez, hace cuatro semanas. No creo que sea saludable, pero lo mantengo en su empaque original con el fin de saber qué tanto puede surgir de él...

Fue un almuerzo sexual con tres estimulantes cervezas como aperitivo, música cursi de rock en español y casi dos años de no ir a la cama juntos. Vino para escoger los discos que le prestaría para grabar, pero también vino por otra cosa. ¿O qué puedes decir cuando una mujer de senos grandes se viste con una blusa negra nada holgada, sin sostén, labios rojo galaxia número 6 y perfume Tribú en todo el cuerpo? Me recuerda a las modelos de *soft-porno* que se cubren la panocha dejando entrever el vello púbico. La verdad es que no hay mucho que recordar de ella —salvo su cuerpo. Tiene algo de gracioso que a la hora de la jodienda se vuelca apetitoso, turgente, lascivo. La pura silueta de Clara podría hacer una fortuna, pero al estar acompañada de ideas que no salen de la panocha que la acompaña, la niña está fuera de competencia en el círculo de los futuros burgueses. Únicamente piensa en terminar su carrera de Administración y encontrarse un pito que la satisfaga con dinero, así de sencillo es su futuro.

La verdad me dieron celos cuando la vi con otro, tanto por el hecho de que el bastardo tenía coche como porque Clara estaba a su lado. A ella no parece impor-

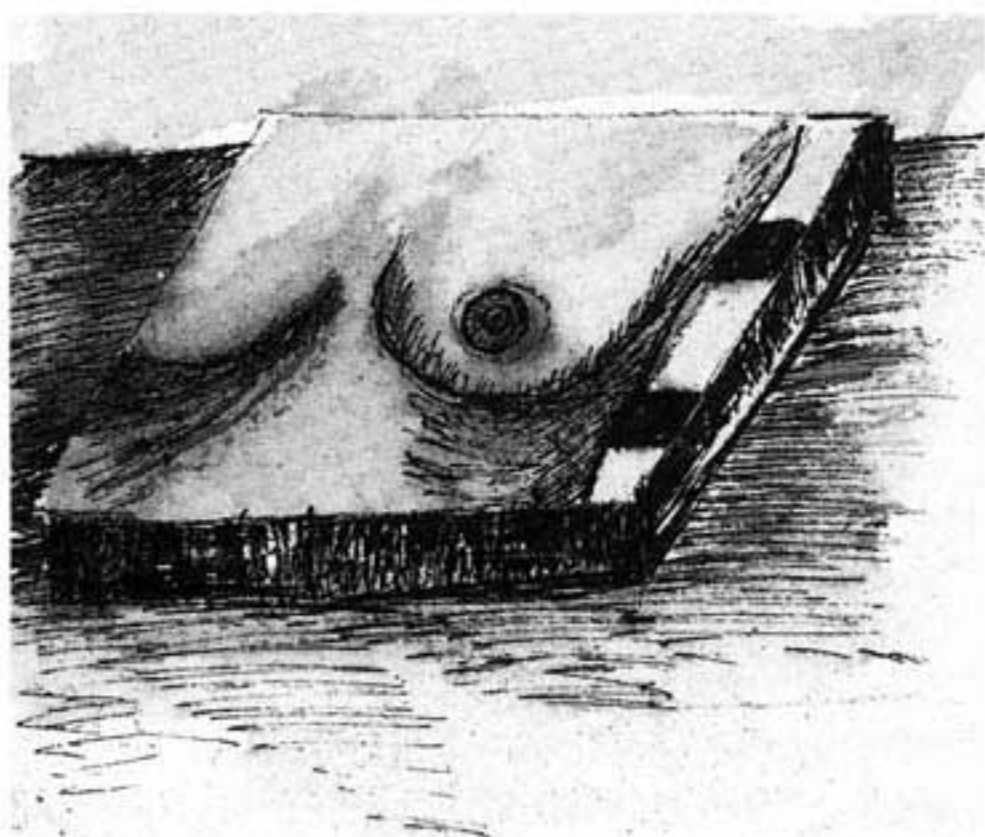
tarle que el tipo sea horrible, mientras el auto tenga buena apariencia. Desde esa última vez que estuvo aquí, las reminiscencias de tan espléndido revolcón no cesan, aun cuando en aquel momento tenía ganas de mear y no se me endureció completamente. Todas las noches deliro de amor, estoy enamorado de una rajada que no quiere cicatrizar.

Tal vez no parezca tener la menor importancia en el sentido amplio de la palabra. Todos, en cierto modo, estamos enamorados de alguien, o de algo de ese alguien que creemos sólo allí presente, en ningún otro sitio. Y si analizo rápidamente la razón por la cual comienzo a escribir este diario, puedo decir que sin aquella humedad —al menos el recuerdo—, no lo estaría haciendo. No es el ocio, es la necesidad. Es mucho más importante de lo que aparenta: el olor y la humedad en mi memoria sensitiva.

Llegué al departamento de Alfaro, en la calle Van Dick, a las nueve de la noche. La alfombra apestaba tan violento como su color azul, adornada con una gran flor de lis al centro. Había un condón frotado que ya casi reventaba por el calor acumulado en la sala-habitación-comedor-cocina, colgado del cabellete preferido de Alfaro. El refrigerador, abierto, tenía rastros de hielos a base de agua y semen: a sus primas —Lety y Sabrina— les gusta pasarse los gargajitos blancos que se hacen en sus bebidas, dicen que les limpia el estómago y que les quita el mal aliento.

Cuando se acabó el chupe, fuimos a pie hasta casa de David. Lety prefirió quedarse dormida en la sala,

N. de la E. Por razones de espacio no hemos publicado completo el texto original.



Dibujos de Mariana Tinoco Ramírez,
Escuela Nacional de Artes Plásticas

aunque en realidad todos sabíamos que esperaba a su novio. Era mejor salir de allí antes que oír el *round* que se estarían echando en la esquina del cuarto; además, como ya dije, no quedaban ni alcohol ni cigarrillos. Sabrina, Alfaro y yo esperamos quince minutos fuera de la casa de David, pues a su mamá no le gusta que se digan groserías, es una madre católica y sobreprotectora a quien su único hijo aborrece. —¿Con quién vives? —Con una puta. Una respuesta así era suficiente para que yo lo considerara mi amigo desde la primera plática, el segundo día de escuela en la prepa. Sabía que él iba a ser incapaz de dejarla e irse a vivir solo, al menos hasta que no obtuviera un trabajo estable como profesor de inglés; mientras, debería soportar los gritos de la cotorra, como la llamamos respetuosamente.

—Entonces ¿dónde aplicamos?... A la Camelia no podemos ir desde que este pendejo le quemó el pantalón al viejito de la barra —dijo Alfaro refiriéndose a mí. —Por qué no vamos con Gordak, es la única que está abierta hasta tarde.

Un portazo, David salía, daba una patada en la lámina negra de la puerta abollada por tanto repetir la secuencia. Volteó y antes de saludar, —sí, con Gordak.

Son tres cuerdas de allí al changarro de la sexy-gorda; voy recordando la caja guinda de condones

con el testigo de mi última reunión con Clara y, sin poderlo evitar, tengo una erección. El radar de Sabrina la capta, me abraza mientras caminamos los cuatro al mismo paso rápido que hemos adquirido por las no pocas ocasiones en que han intentado asaltarnos, o quizá por el simple hecho de ser chilangos. La conversación, tan acelerada como nuestro caminar, se pierde en el silencio de la calle; no ponemos atención a los mensajes y a las preguntas que se nos atraviesan: sin alcohol nuestra capacidad para comentar se desvanece. Por eso dejo que Sabrina me estreche más fuerte, al tiempo que le meto la mano en la bolsa de la gabardina y froto lentamente su asunto sin que los otros dos lo noten.

—Me gustas un chingo, pinche Gibrán.

—Sí, sí —le contesto, pensando con ansias en una chela bien fría. La calle, cada vez más oscura y estrecha, procura atraernos, sabiendo que nuestra resistencia va a ser nula; nos llama, allá donde siempre esperamos encontrar un espejo nítido y luminoso, al final de la franja de asfalto que según nosotros adivina el porvenir. Esperanza vana porque nuestra conciencia sabe que el futuro no es importante mientras existe el presente... y la sexy-gorda nos prepara una mesa para cuatro.

Esa noche Alfaro supo que el vómito por alcohol tiene algo de espiritual, y los tres restantes supimos que en adelante iba ser mejor dejarlo solo cuando comenzara a azotar las botellas vacías. Al menos esa vez no quiso comerse los vidrios que quedaron en el suelo. David encabronado, yo hastiado, Sabrina a punto de ser la segunda en que-

brar los envases, siguiendo el ejemplo de su primo. Por algún tiempo Gordak dejó de ser una opción para divertirnos.

Mixcoac es un buen lugar, fue la respuesta que le di a Gibrán cuando comentó que estaba cansado de vivir con sus papás, tan lejos de lo que él llama “la ciudad”. Lety —mi única hermana— y yo nacimos en esta casa, y no tenemos la más mínima intención de irnos. Mi primo vive a una cuadra y allí puedo hacer todo lo que se me antoje, pues rara vez está y no necesito pedirle permiso para fumar, tomar o inyectarme. Lástima que nunca me preste lo suficiente. Es un poco tacaño, pero no erizo. Sí, estoy contenta aquí, en Mixcoac. Soy Sabrina la de Mixcoac.

¿Qué tantas posibilidades hay de encontrar, de manera casual, a la persona en quien estás pensando? Por ejemplo, ahora recuerdo a Angélica, la tipa que me dejó plantado, que es peor que dejarte en pelotas en medio de la calle. Así, fácil. La hija de puta salió a su madre, y entre más la recuerdo —a Angélica— más me doy risa... La muy cabrona... Le escribí tres o cuatro cartas en un mes y ni siquiera una sonrisa a cambio, sólo una cita que planeamos y que por algún pretexto suyo no se realizó.

Estuve puntual en la estación del metro donde habíamos quedado. Para pasar el rato y para tener algo de qué platicar por si hacía falta, llevé un libro de cuentos que había leído antes.



6:00 p.m., empiezo con uno de los relatos; 6:15, lo termino y repaso el índice para elegir otro mientras Angie llega. Media hora de retraso, quizá mucho tráfico. Leo pausado, en voz alta y ansioso porque aparezca corriendo y disculpándose; leo sin poner atención al libro de Bukowski todavía aguardando su cabello lacio, pelirrojo, suelto. Son las 7:00 y mi orgullo me dice que no vendrá, me hago el sordo y espero diez minutos más, parado junto a una de las entradas a la parte subterránea del metro Insurgentes, con un libro sudado en la mano izquierda: la foto perfecta de un pendejo. Salgo y llamo a su casa, una vieja me contesta. —¿Quién le llama? —Gibrán. —No, no está, salió desde temprano con su mamá. Doy las gracias y cuelgo. Pinche puta, puta suerte. Sin saber hacia dónde caminar ni qué hacer, lanzo un chinguen todos a su madre en voz baja y me doy cuenta de que si llego a casa mis papás se burlarán de mí al saber que me han plantado. Me detengo a tomar un café a dos cuadras del malhadado lugar del no-encuentro. Pido una segunda taza, dice “gratis”. Pago y la mesera me agradece con un tono extraño.

Pienso en ella pero no logro dibujar su imagen en mi mente, no me acuerdo bien de su cara ni de su cuerpo, únicamente de la voz, una de esas rasposas y sensuales. Más concentración y lograré acor-

darme de la primera carta que le escribí: no tenía título, estaba hecha más con sensaciones que con inteligencia, cuando ni siquiera sabía cómo se llamaba. Tras una breve introducción (“no sé tu nombre”, “no sabes el mío”) seguía una definición de la timidez...:

Cada determinado número de años, la luz de una tarde violeta alumbra mi libro, la Ciudad de México, donde vivo y supongo vives. Esa tarde brilla intensamente el cabello rojo de aliento sublime: son las llamas que consumen la biblioteca del infortunio. Una mano zurda corta en miles de trozos el ojo de un perro, tal vez en Andalucía. Un seco y frágil sauce se disuelve con la lluvia mientras caigo al abismo de mis veinte años... todo quedará recordado en diapositivas a color, de noche, tomadas por ti. Eso que sucede cada determinado número de años, sólo se compara con la ti-

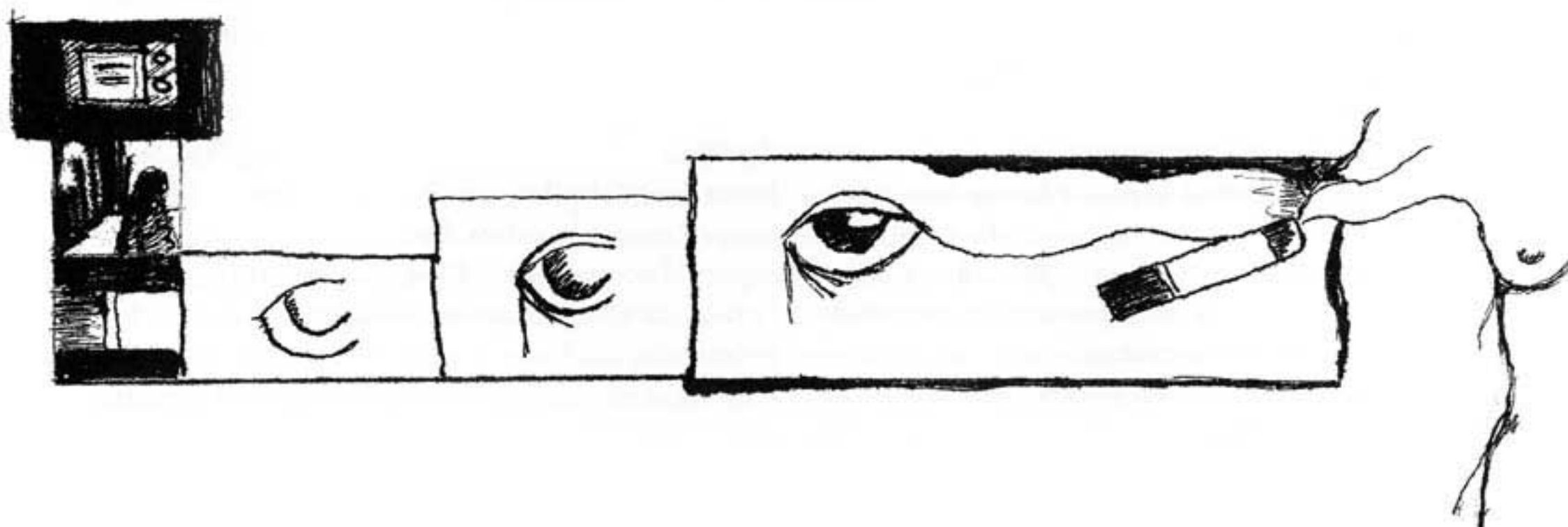
midez: la nulidad ante el monumento, la impotencia frente a la ruina.

Si no te quedó claro qué es la timidez, al menos ya sabes qué provoca, niña sin nombre.

Es probable que algún día recuerde el resto de la carta, lo cual no significaría nada, pues ni el rostro de esa chica me quedó grabado. Tampoco vale esforzarse. Estoy solo, sentado en la Biblioteca Central de la universidad, y lo único que me acompaña es mi memoria. No pretendo encontrar a nadie conocido. Aunque de tanto pensarla, creo que la estoy viendo a lo lejos. Si es ella, que se vaya a la chingada. Y si no, también.

La Idiomática cítrica o el *Encaje celeste*:

Me propongo escribir una novela con varios narradores —se trata de un grupo de amigos—, o lo que



es igual, de “enfoque múltiple”. Cada uno de ellos cambiará su perspectiva de existencia en cuanto lleguen a La Habana, ciudad que va a significar la ruptura más trascendente y que es la esencia del texto. Aunque me inquieta lo absorbente que pueda llegar a ser una novela de iniciación [...] es sólo un ejercicio de narrativa.*

A Gibrán no le pareció tan agradable la última llamada que recibió ese día. Lo más hondo de su orgullo había sido tocado y no tenía la menor intención de lo que él consideraba “aflojar”, ni madres, ni que fuera para tanto. Fue relativamente rápida la co-

*El cuaderno de notas de Aramis Oliveira estaba lleno de barbaridades, dentro de las cuales, es ésta la que nos concierne por fines introductorios.



nexión con Zazil: una carta, una breve plática al siguiente día en la puerta de la escuela, la cual continuó mientras se encaminaban hacia sus respectivas actividades. La carta —reconocía Gibrán— no era muy profunda ni mucho mejor escrita que cualquiera de las anteriores que había entregado. Pero Zazil tenía un cuerpo y un color de piel que verdaderamente congestionaban sus nervios. Tras recorrer el insuficiente tramo que debían hacer juntos, se despidieron. Carajo, se me va otra, pensó al darle la espalda a Zazil, quien de seguro le daba la suya, caminando en sentido contrario. Carajo, las cartitas no funcionan con las pendejas. Ni siquiera con las que no lo son. De pronto, tal vez pasados dos o tres minutos, la voz de la joven se recreaba en los oídos de Gibrán:

—¡Gibrán!

—¿Qué pasó? —Zazil lo había alcanzado. Él, más que mirarla, fijaba su atención en la mano que apretaba un pedazo de papel y un plumón rojo.

—Yo también escribo. Mal pero... Toma.

—Gracias.

¿Qué otra palabra hubiera podido articular? En ese momento, el mismo en que ella daba un paso atrás, nerviosa y lista para escapar, Gibrán continuó:

—Me gustará, estoy seguro... ¿Me... me das tu teléfono?

—Sí, claro. —Con el mismo marcador rojo escribió los ocho números que equivalen a una voz eléctricamente representada en la Ciudad de México.

—Aquí está.

—Te marco pronto.

Sin agregar un sí o un no, Zazil se alejaba, ahora sí se alejaba.

La primera llamada para Gibrán fue de Alfaro, sólo para confirmar si se encontrarían en La Rocola el sábado. La segunda, otra vez de Alfaro, para recordarle que llevara el disco que le había prestado. —Iría por él si no vivieras tan lejos, pinche güey. Una tercera de David, que versaba sobre el plan de ir a Cuba. Cuba mis huevos, mañana veo a Zazil. Después de haber leído su carta en varias ocasiones y de tener su número, Gibrán no pudo contenerse más de una semana y le habló. Se verían el martes, es decir, al día siguiente. Despachó pronto a David y tuvo un macabro presentimiento, parecido al estado enfermizo que se había apoderado de él cuando lo plantaron en una estación del metro, con una chingada, casi igual.

—¡Es para ti! ¡Teléfono! —su madre, la voz ultraviva de aquel presentimiento, le gritó. —Es Zazin. O Zazid.

Hijoeputa. Era ella. Hizo un poco de tiempo para recibir el machetazo. El presentimiento dejaba de serlo; escuchó el mensaje con estoicismo, como sabiendo que eso iba a pasar, que si no pasaba, algo

andaba mal. En efecto, ella tenía un compromiso y no se verían. ¿Desde cuándo era tan fácil conseguir un café con tan sólo una pinche carta? Jamás, ni en los ratos más imaginativos, Gibrán había tenido la esperanza de estar realmente en una mesa con ella, por lo que tampoco hubiera sabido responder a qué lugar la invitaría. Quizá había perdido la oportunidad de sentir de nuevo la catarsis del cortejo, que era todo lo que le interesaba conseguir de aquella tipa. Lo mejor era reírse de sí mismo, pensar en el estúpido proyecto de La Habana, en el próximo sábado en La Rocola. Aquello era lo mejor, a lo cual dedicó toda esa noche.

Hace cuatro meses que no veo a Clara. Ya no la extraño ni la necesito, he encontrado en qué pensar y la obsesión terminó. Creo que fue una buena decisión no haber ido a su fiesta de cumpleaños el sábado pasado. Alfaro y David tenían ganas de ir; les dije que fueran, que también era su amiga de la prepa. Pero los tres sabemos que no es verdad, es sólo una conocida para ellos, una tipa *wanna-be* con chichis grandes que fue novia de su amigo.





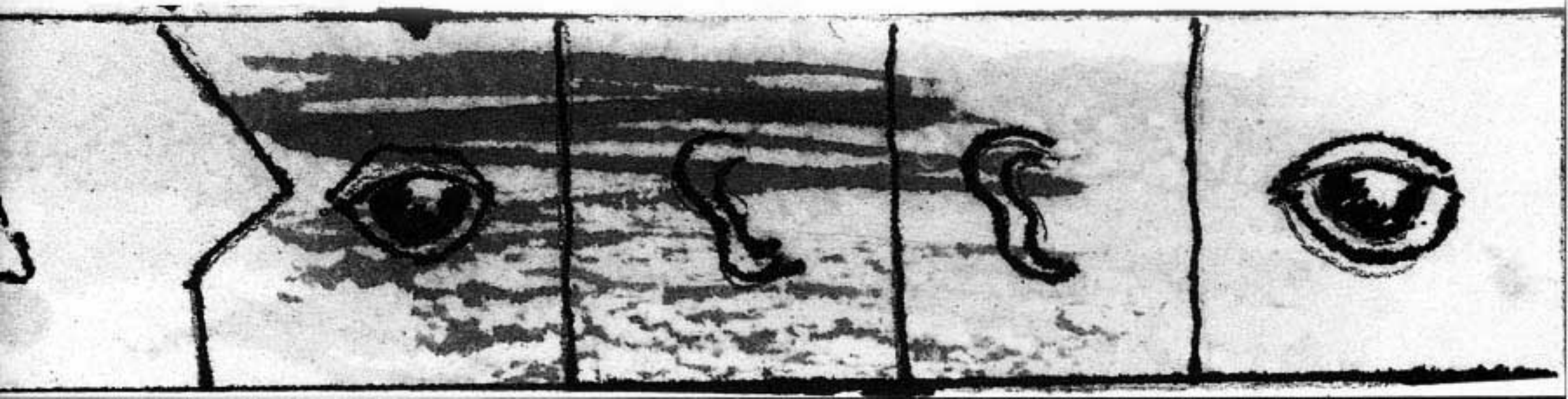
Hoy es sábado y han pasado siete días de que Clara festejó su cumpleaños y no estuve allí. Estoy esperando que alguno de aquellos me llame para saber dónde es la peda de hoy. Dejé por mucho tiempo este diario y eso que apenas lo voy empezando, vaya con mi disciplina.

¿¿Cómo de que no hay jeringas?! Sí sí, ya sé que te molesta. Ya sé que prefieres que fume y no que me pique cabrón. Pero neto que tengo un chingo de ganas, neto. ¿Por qué no les preguntas si tienen una por ahí? ¿No están? ¡No mames a mí no me haces pendeja! Segurito están ahí de pedotes ¿verdad? Ya me los imagino, los tres cabrones haciéndose pendejos y dizque pintando. Me cai que no los molesto cabrón, nomás uno y ya ¿vale? Si ya iba de salida,

nomás te hablé pa' ver si estabas. No no, me vale madres güey. ¡No seas putooo! No, no me pongo loca, neto. ¡Que la chingada que no! Cámara, te caigo en diez minutos. ¡Por eso te quiero pinche primito!

Falta poco para que termine el semestre y las tareas y exámenes me están doblando. Creo que mi elección de carrera no fue buena. De hecho, creo que yo no soy una persona apta para el estudio. Elegí Arquitectura por descarte, pues era ésa o Sociología. Ahora ni una ni otra me convence, pero qué chido es ser huevón. ¡Cuántas veces he imaginado que gano la lotería, mando a la escuela a chingar a su madre y me pongo a ver la tele, escribir, viajar! Comprar los libros que ahora no puedo, invitarle chelas a mis amigos, salir del país tan fácilmente como salgo de mi cuarto. ¡Cómo odio a los burgueses que lo hacen, sin imaginar que para otros sólo son divagaciones ociosas!

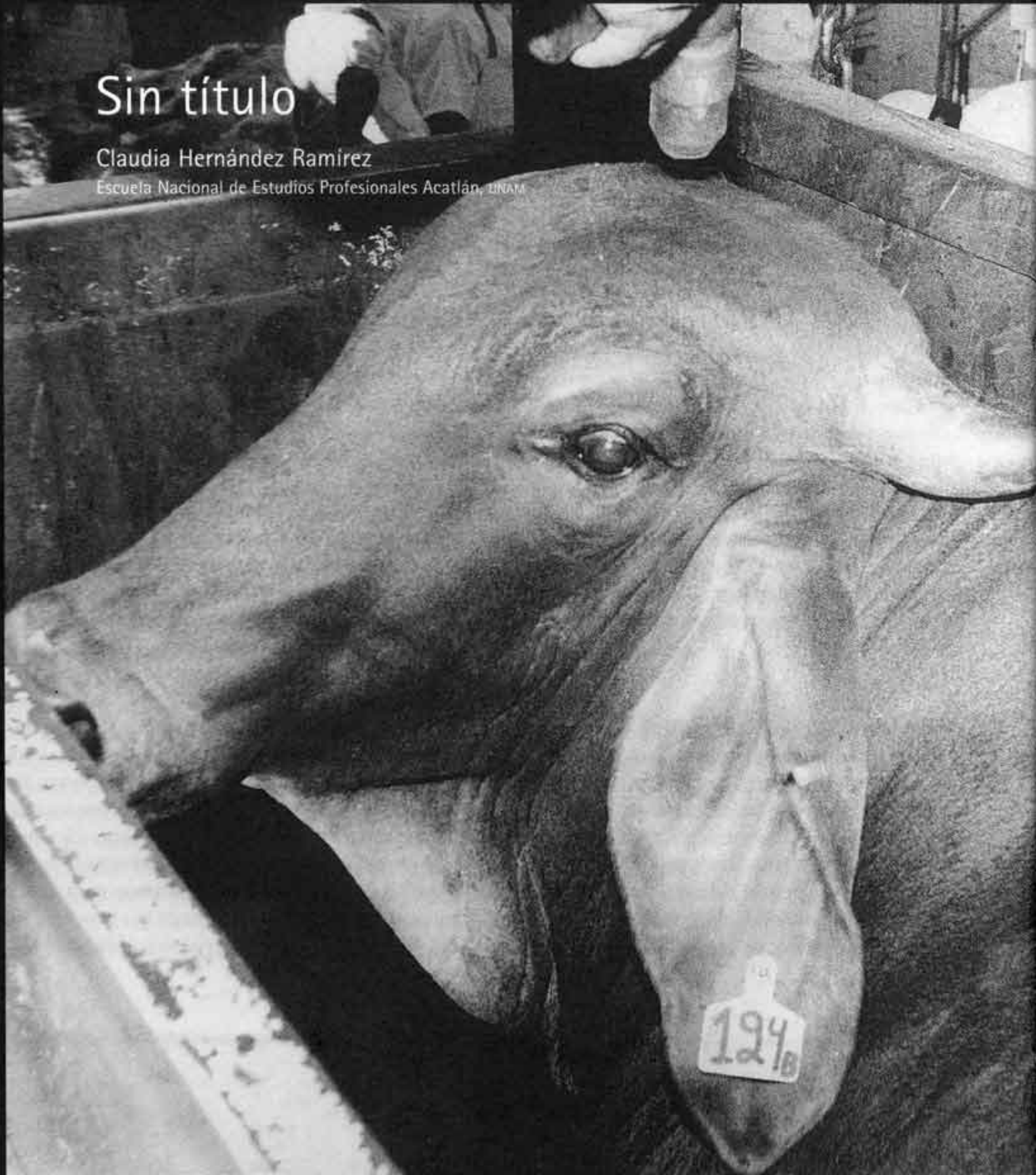
No tengo ganas de hacer la tarea. Tampoco tengo ganas de seguir escribiendo. Voy a ponerme a leer y después a dormir nueve horas continuas para que el camino a la escuela no se me haga tan pesado. ¡Me caga vivir tan lejos de todo, con una chingada! ●



Sin título

Claudia Hernández Ramírez

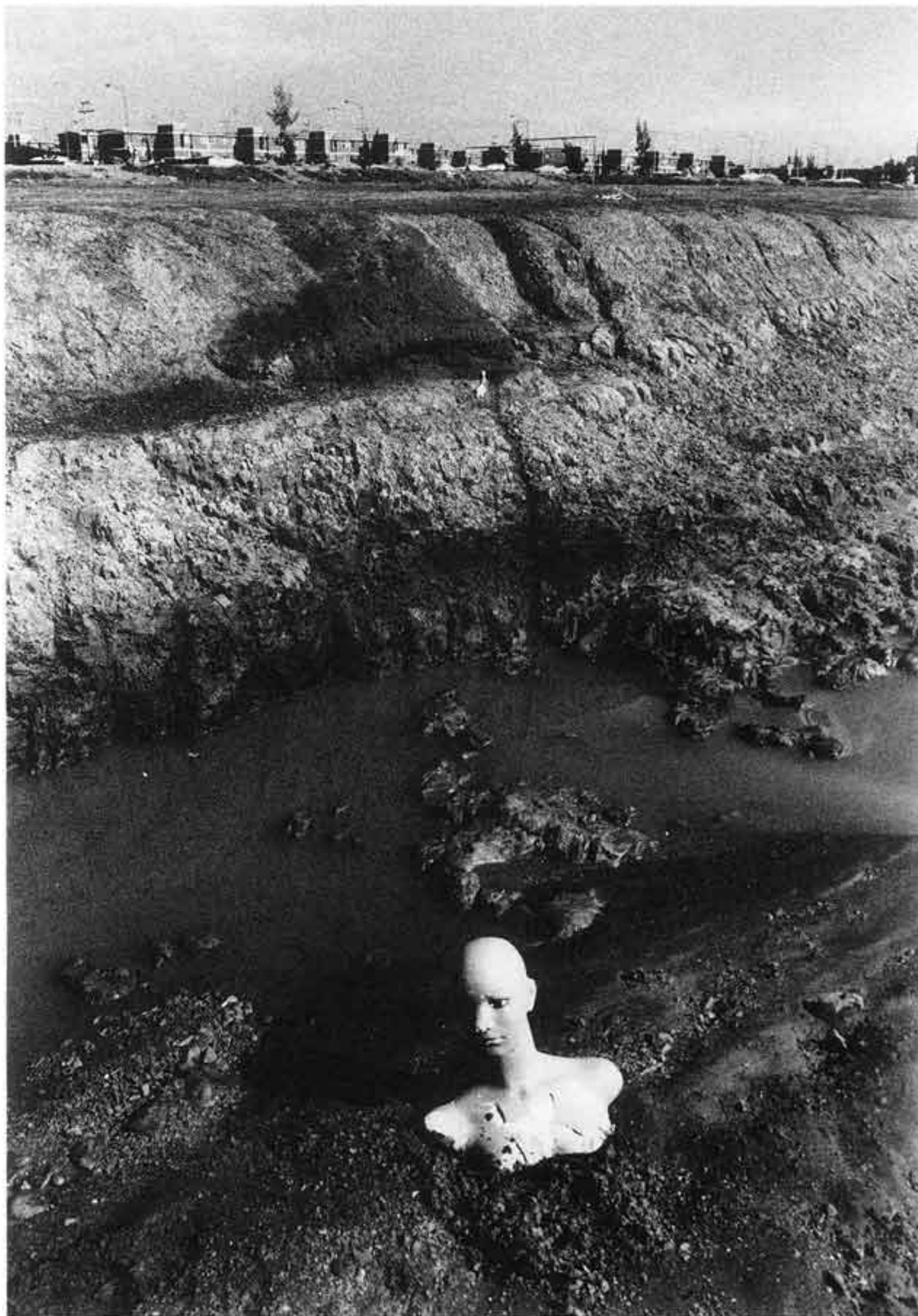
Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, UNAM



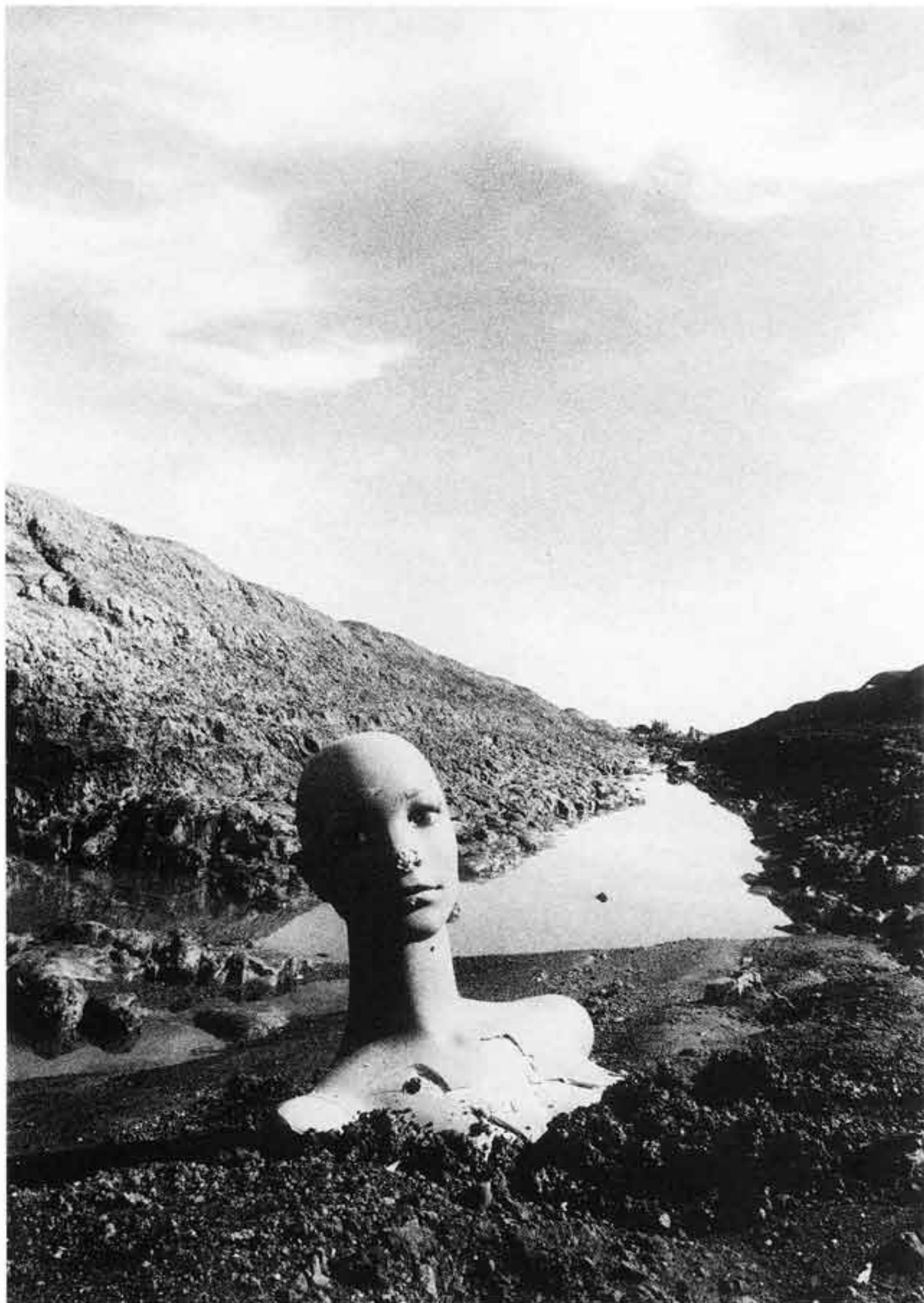




Trópico



¿Dónde habita el ser?



Apocalipsis



Fiesta de gala

Acerca de J.R.R. Tolkien y *El Señor de los Anillos*

Gerardo Piña

UNIVERSIDAD DE EAST ANGLIA, NORWICH, INGLATERRA



Muchas veces se habla de los autores creadores de mundos. García Márquez hizo Macondo; Rulfo, Comala; C. S. Lewis, Narnia; Onetti, Santa María y Michael Ende, Fantástica. Sin embargo ninguno de ellos logró crear un verdadero mundo con la precisión de John Ronald Reuel Tolkien, creador de Middle Earth (la Tierra Media).

Tolkien nació en Sudáfrica en 1892. Participó en la Primera Guerra Mundial como lugarteniente; primero en Francia y después en Staffordshire. Al terminar la guerra regresó a Oxford donde inició su vida de catedrático. Durante muchos años se dedicó a impartir clases de anglo-sajón, filología germánica y literatura y lengua inglesas en la Universidad de Oxford y en Leeds. Fue el coeditor de *Sir Gawain and the Green Knight*¹ y escribió un ensayo que en su momento fue de mucha importancia para el estudio de otro gran poema épico clásico: *Beowulf: The Monsters and the Critics* (*Beowulf: los monstruos y los críticos*).

Las historias de Tolkien nacen en buena parte por su gusto de contar e inventar historias para entretener a sus hijos, principalmente a Christopher, el tercero de los cuatro que tuvo. Aquellos relatos dieron inicio a la construcción de una de las más grandes épicas de la literatura occidental: *The Lord of the Rings* (*El Señor de los Anillos*). En 1937, casi veinte años antes de su publicación, apareció *The Hobbit* (*El Hobbit*), otra novela que si bien no es indispensable para comprender *El Señor de los Anillos*, su lectura se complementa con ésta. En *El Hobbit* se narra la misión de Bilbo Baggins, el tío de Frodo (héroe de *El Señor de los Anillos*), quien tropieza con el anillo único, lo apuesta en una serie de adivinanzas contra Gollum para salvar su propia vida (Gollum quiere recuperar el anillo y además comerse a Bilbo), huye y participa en la expedición de los enanos que van en busca de recuperar el oro que les fue robado y que custodia Smaug, el dragón. Es en esta novela donde sabemos que el anillo permite la invisibilidad a quien lo usa (un elemento

¹*Sir Gawain y el caballero verde*, uno de los poemas artúricos más entretenidos. Sir Gawain es el sobrino del Rey Arturo y es quien acepta el desafío del caballero verde, quien un día llega a la corte del rey diciendo que él reta a cualquier caballero de la mesa redonda a que le corte la cabeza bajo la condición de permitirle a él hacer lo mismo un año después. Sir Gawain acepta, le corta la cabeza, y ante la estupefacción de todos, el caballero verde la recoge y se marcha prometiendo regresar.

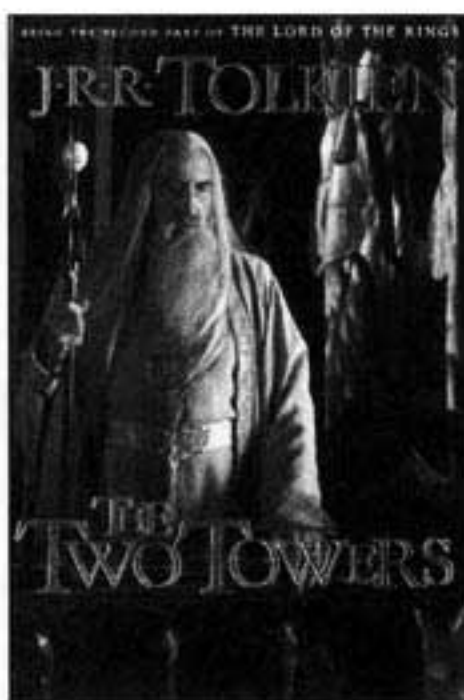
perteneciente a textos antiguos) aunque su uso conlleva ciertos efectos secundarios. Bilbo es el segundo ser afectado (Gollum es el primero) y Gandalf se da cuenta de ello, pero será hasta *El Señor de los Anillos* cuando las deducciones de Gandalf con respecto a dichas reacciones secundarias serán reveladas a Bilbo mismo y a Frodo, el héroe de esta nueva aventura.

El Señor de los Anillos comienza con un extenso prólogo dedicado a explicar quiénes son los hobbits, cuál es su origen e historia. Los detalles del mundo de Hobbiton se describen con tal precisión que parecen tomados de fuentes fidedignas. Este inicio es la parte más informativa aunque más lenta también de toda la obra, pero es indispensable para adentrarse en la Tierra Media, un mundo descrito con tanto cuidado y sin contradicciones que ha generado más de una enciclopedia acerca de sus diferentes habitantes y las historias de sus diversos pueblos y razas (seres humanos incluidos), así como diccionarios y estudios lingüísticos sobre los diferentes idiomas que hablan estos seres (principalmente el Elvish, la lengua de los elfos). La historia de los hobbits es una parte de la gran historia de la Tierra Media. Un lugar donde han habitado varios seres y dinastías —algunas ausentes al momento de nuestra lectura— cuyos ecos resuenan a lo largo de la obra.² Las historias contenidas en la Tierra Media se entrecruzan, se difunden y se ignoran entre sus habitantes y protagonistas al igual que sucede con la historia de los pueblos de nuestro mundo.

A través de la lectura de *El Hobbit* y de *El Señor de los Anillos* el lector se da cuenta de que los hobbits no eran conocidos en la Tierra Media (con frecuencia son descritos por otros personajes como enanos, pero ligeramente más altos y con más pelo) y de que Hobbiton no es ni por mucho un lugar familiar para los enanos, los ents, los elfos ni los hombres de Rohan, entre otros. De ahí la importancia del heroísmo de estos seres dentro y fuera de la obra, ya que por una parte Frodo, Sam, Merry y Pippin son para muchos —Boromir, por ejem-



²Estas referencias se encuentran en los apéndices y en el *Silmarillion*, un libro inconcluso publicado póstumamente a la muerte de Tolkien, donde se narran los sucesos y genealogías que anteceden a la aventura de *El Señor de los Anillos*.



plo— los menos indicados para una misión tan importante y peligrosa como es entrar a Mordor, la tierra de Sauron, para intentar destruir el anillo único en el fuego de donde fue creado y así restaurar el equilibrio en el mundo justo cuando el lado oscuro está a punto de apoderarse de él. Tanto los personajes de la Tierra Media como los lectores de épicas de nuestro mundo están acostumbrados a presenciar héroes poderosos y fuertes en este tipo de aventuras y no a ver a estos pequeños hobbits para quienes comer es una necesidad y un lujo simultáneos, que gustan de tomar el té y fumar pipa, que viven tranquilos cultivando sus bellos jardines y leyendo buenos libros. Éste es un elemento si no original, al menos sí atípico en estas narraciones.

Hablar de la historia en su nivel de trama es acaso más sencillo. La comunidad del anillo está integrada por nueve miembros entre los cuales hay representantes de distintas razas de habitantes de la Tierra Media: Gandalf, mago y sabio de la orden Istari; Aragorn, heredero legítimo del reino de Isildur, un hombre que luchó contra Sauron por varios años de diversas maneras, aprendiendo las costumbres de distintas razas y que en su época fue el hombre más sabio y quizás el guerrero más poderoso; el enano Gimli, hijo de Gloin, poderoso con el hacha; Boromir, hombre de Gondor, quien habrá de sucumbir ante la tentación de obtener el anillo; Legolas, representante de los elfos, quien como todos ellos goza de una vista privilegiada, es inmortal y posee un tino excelente con el arco y la flecha; y finalmente, los cuatro hobbits: Frodo (portador del anillo), Sam Gamgi, Peregrin Took (Pippin) y Meriadoc Brandybuck (Merry). La novela cuenta las aventuras de todos ellos y desde luego de otros personajes que se irán incorporando en la lucha contra Sauron, Saruman y los orcos. La narración va presentando los grandes cambios que ocurren internamente en todos ellos, en algunos casos son muy notorios como en Sam, el compañero inseparable de Frodo (en Hobbiton era su jardinero) y el propio Frodo; en otros, el cambio es más externo que interno como en el caso de Gandalf y Aragorn. Más de una batalla y de una historia de amor se cuentan en *El Señor de los Anillos*, más de una sorpresa aguarda al lector en cada uno de los tres volúmenes (que no por ello una trilogía ya que la historia es una sola y debe leerse en orden). También, como en toda buena épica hay momentos de ternura y de intimidad.

Usualmente esto ocurre cuando los héroes se preparan para una batalla; la nobleza, el miedo, la valentía, la piedad y la vileza de todos los personajes afloran en los momentos más inesperados.

La belleza de *El Señor de los Anillos* radica en la enorme riqueza literaria de la que nace y con la que se funde. A lo largo de la novela podemos encontrar personajes como Tom Bombadil, quien encarna la fuerza inmemorial de la naturaleza y está literalmente más allá de la posible destrucción del mundo,³ que sencillamente han sido omitidos en la versión cinematográfica de la novela. Las alusiones literarias y las canciones —escritas en verso—, cuyos contenidos van progresivamente separándose de la comarca hobbit hasta llegar a historias que tienen que ver con la guerra y con otros contextos en los que se encuentran los personajes (pasando por anécdotas divertidas y humorísticas), junto con muchos pasajes, resultan imposibles de llevar a otros discursos como el cinematográfico pero dan un carácter especial a la historia. A través de ellas el lector se siente más cercano a la comunidad del anillo y a sus integrantes ya que en el texto literario el viaje y la aventura toman su tiempo.

Si bien es cierto que los lingüistas y los filólogos conocedores de las antiguas gestas germánicas, de los poemas épicos clásicos y medievales, pueden detectar las fuentes de donde Tolkien tomó ciertos elementos para la construcción de su obra (decir obra en este caso es decir personajes, países, reinos, historia, idiomas, batallas y universos), también lo es que ésta resulta una extensión de todas ellas. *El Señor de los Anillos* empata a sus predecesores. Con esta novela, en la que presenciemos el destino a la manera de los griegos, pero también la suerte, los sincronismos y coincidencias que habitan las aventuras de los hombres todos, se vuelve a abordar un género que desde hacía varios siglos había caído en desuso: la épica.⁴ Desde luego estamos frente a una épica diferente, y el contexto en que la novela




³Tom Bombadil es un personaje posiblemente inspirado en la idea germánica que refiere a la Naturaleza como un ser masculino. Hay para ellos un Padre Naturaleza en lugar de una Madre Naturaleza.

⁴No es mi intención aquí definir ni redefinir los géneros literarios. Entiéndase por épica una narración acerca de héroes y guerreros que incorpora mitos, leyendas, historia y folclor. Aunque en una épica los personajes femeninos son pocos y generalmente ocupan un papel discreto, en *El Señor de los Anillos* Galadriel, Éowin y Arwen tienen papeles centrales. Si se habla de un poema épico también podemos hablar de una novela épica.

fue publicada por primera vez (en 1954)⁵ habla de un mundo más unido por la guerra. Tolkien escribió casi toda la novela durante la Segunda Guerra Mundial y es por ello que durante muchos años la crítica se empeñó en ver en ella los rasgos sociales, bélicos y culturales de la Europa de la primera mitad del siglo XX.

Es difícil para muchos lectores y estudiosos de la literatura reconocer que la fantasía y la imaginación tengan como referentes la fantasía y la imaginación (todo texto viene de otros textos). Sin ninguna duda un autor escribe influenciado por su contexto, pero no necesariamente para reflejarlo. De ahí que hoy día, tras haber dejado un poco de lado los estudios históricos de *El Señor de los Anillos*, haya quien busque en ella contextos sociales, anti-feministas y freudianos, entre otros. Estas interpretaciones (posibles o no) no son relevantes para leer ni para comprender el texto. Lo mejor es acercarse a él sin el prejuicio de quien cree que al leer fantasía está leyendo necesariamente literatura menor o de escape. *El Señor de los Anillos*, precisamente por su enorme complejidad, resulta una novela muy simple que se lee de forma sencilla como lo que es, una historia de guerreros y de héroes.

All that is gold does not glitter,
 Not all those who wonder are lost;
 The old that is strong does not wither,
 Deep roots are not reached by the frost.
 From the ashes a fire shall be woken,
 A light from the shadows shall spring;
 Renewed shall be blade that was broken,
 The crownless again shall be king.⁶

The Lord of the Rings 

⁵En 1954 se publicaron las dos primeras partes y un año después, la tercera bajo el sello editorial londinense George Allen & Unwin.

⁶No todo lo que brilla es oro/ No todos los que meditan están perdidos/ El viejo que es fuerte no se marchita/ Las raíces profundas no son alcanzadas por el hielo/ De las cenizas un fuego será despertado/ Una luz desde las sombras brillará/ Será renovada la espada que fue rota/ Será de nuevo rey el que no ciñe la corona.

PREMIOS y
MENCIONESpunto
de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

CRÓNICA
PREMIO

Arriba los buscavidas: Ari en el Azoocar
 Autor: Teoshia Felipe Bojórquez Chapela
 Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCIONES

Inventiones en el D.F.: Las mil caras de la urbe
 Autor: Estela García Galindo
 UAM-Azcapotzalco

En vivo

Autor: Mariana Gómez Tagle Silva
 Facultad de Ciencias Políticas
 y Sociales-UNAM

Jurado: Ana Cecilia Lazzano, Mauricio Molina

CUENTO
PREMIO

La ventana
 Autor: Aura Tantadel López Contreras
 Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCIONES

El presidente
 Autor: Óscar Antonio José Garduño Nájera
 Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Cuentos en papel de arroz
 Autor: Ruth A. Estévez Gómez
 Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Trasfondos
 Autor: Guillermo Ríos Bonilla
 Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Jurado: Angelina Muñoz-Huberman,
 Federico Patán, Mauricio Molina

CUENTO BREVE
PREMIO

Soñé que volaba
 Autor: Alfredo Barrios Hernández
 Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCIONES

El viudo
 Autor: Diego Velázquez Betancourt
 Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Fin

Autor: Roque Azcuaga Varela
 Centro Universitario de Estudios
 Cinematográficos-UNAM

Ballena en rojo y blanco
 Autor: Andrés A. Márquez Mardones
 Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Amor

Autor: Édgar Omar Avilés Martínez
 UAM-Xochimilco

Jurado: Armando Pereira, José Vicente Anaya

ENSAYO
PREMIO

Palingenesia
 Autor: Sergio Alejandro Aguillón Mata
 Universidad Autónoma de Zacatecas

MENCIONES

**Modelo ECO2: una propuesta para
 la práctica comunitaria en trabajo social**
 Autor: Gabriela Vargas Clemente
 Escuela Nacional de Trabajo Social-UNAM

La guerra EU-Irak: ¿necesidad o necesidad?
 Autor: Juan Gabriel Segovia Estrada
 Universidad de Guanajuato

Jurado: Marcela Palma, Sara Ríos

FOTOGRAFÍA
PREMIO

Fiestas religiosas
 Autor: Francisco Javier Salazar Mata
 Escuela Nacional de Estudios
 Profesionales Aragón-UNAM

Jurado: Francisco Kochen, Ximena Berecochea

FRAGMENTO DE NOVELA
PREMIO

Por entregas
 Autor: Nayelhi Itandehui Saavedra Solano
 Centro de Investigaciones
 y Estudios Superiores en Antropología Social

MENCIONES

El jardín del diablo
 Autor: Teoshia Felipe Bojórquez Chapela
 Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Jurado: Mónica Lavín, Joaquín Armando Chacón

POESÍA
PREMIO

Un escaparate quebrado en el alba
 Autor: Elman Trevizo Higuera
 Centro de Estudios Superiores del Norte,
 Ciudad Cuauhtémoc, Chihuahua

MENCIONES

Erastés
 Autor: Sergio Raúl Oviedo Vargas
 Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Palabras dispersas
 Autor: Luis Paniagua Hernández
 Facultad de Arquitectura-UNAM

Me bañas con tus manos de nube
 Autor: Everest Alam Landa Vargas
 Escuela Nacional de Estudios
 Profesionales Acatlán-UNAM

Jurado: Francisco Martínez Negrete, Eduardo Uribe

TEATRO

El premio fue declarado desierto
 Jurado: Antonio Crestani, José María Mantilla

TRADUCCIÓN
PREMIO

Domingo en el parque, de William Carlos Williams
 Autor: Hugo Enrique García Manríquez
 Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

MENCION

Juan y Beatriz (fragmento), de Carole Fréchette
 Autor: Laia Jufresa Álvarez
 Facultad de Filosofía y Letras-UNA

Jurado: Mónica Mansour, Flora Botton

VIÑETA
PREMIO

Historia gráfica del corazón
 Autor: Mario Maldonado Reyes
 Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

MENCION

Rostros
 Autor: Alejandro Trejo Candelas
 Escuela Nacional de Artes Plásticas-UNAM

Jurado: Soledad Garcidueñas, Santiago Ortega

P